

Vuelta

SUPLEMENTO EXTRAORDINARIO • FEBRERO • DE 1994

Chiapas: días de prueba

OCTAVIO PAZ

Chiapas, ¿nudo ciego
o tabla de salvación?

ALEJANDRO ROSSI

Cinco observaciones

ENRIQUE KRAUZE

Tratando de entender

Escaparate:

Muestrario de opiniones

Chiapas, ¿nudo ciego o tabla de salvación?

OCTAVIO PAZ



He reunido tres artículos sobre la actual situación política. En realidad son uno solo y revelan una trayectoria y una dirección. Los dos primeros aparecieron en el diario La Jornada. Me pareció necesario publicarlos de nuevo porque son el antecedente del tercero y lo hacen más comprensible. En el último expongo lo que pienso sobre lo que ocurre en estos días.

1. LA RECAÍDA DE LOS INTELECTUALES

Los sucesos en Chiapas han provocado en México, como es natural y legítimo, inmensa expectación y angustia. También han despertado muchas pasiones dormidas. La inusitada efervescencia que ha agitado a un vasto sector de la clase intelectual mexicana es única y merece un pequeño comentario.

Me refiero no a los intelectuales que trabajan silenciosamente en sus gabinetes o en sus cátedras sino a los que llevan la voz cantante —estrellas y coro— en la prensa. Desde comienzos de enero los diarios aparecen atiborrados de sus artículos y de sus declaraciones colectivas. Hijas de una virtuosa indignación a un tiempo retórica y sentimental, estas ruidosas manifestaciones carecen de variedad y terminan infaliblemente en condenas inapelables. Somos testigos de una recaída en ideas y actitudes que creíamos enterradas bajo los escombros —cemento, hierro y sangre— del muro de Berlín. Las recaídas son peligrosas: en lo físico indican que el cuerpo no ha sanado enteramente, en lo moral revelan una fatal reincidencia en errores y vicios que parecían abandonados. La historia no ha curado a nuestros intelectuales. Los años de penitencia que han vivido desde el fin del socialismo totalitario, lejos de disipar sus delirios y suavizar sus rencores, los han exacerbado. Docenas de almas pías, después de lamentar de dientes afuera la violencia en Chiapas, la justifican como una revuelta a un tiempo inevitable, justiciera y aún redentora.

Los hechos sociales son complejos. La función del intelectual consiste en esclarecerlos y descifrarlos, hasta donde sea posible. Sólo después del análisis se puede, y aún se debe, tomar partido. Pero muchos de nuestros intelectuales han escogido lo más fácil: juzgar sin oír. Algunos se obstinan en proclamar la espontaneidad de la revuelta. Por lo visto no han oído ni leído a los "comandantes". Lo mismos en sus apariciones en la televisión que en sus comunicaciones a la prensa han declarado una

y otra vez que habían preparado su movimiento desde hacía muchos años. Añaden con orgullo que su organización es un ejército, no una mera guerrilla. ¿Qué decir ante estas declaraciones? Pues exactamente lo contrario de lo que han dicho y dicen nuestros creyentes "en la espontaneidad revolucionaria de las masas". Empeñados en lavar a los insurrectos de Chiapas del pecado de "premeditación", no se han hecho la única pregunta que debe hacerse: ¿cómo es posible que nuestras autoridades hayan ignorado que desde hacía mucho se preparaba un movimiento militar en Chiapas? Y si lo sabían, ¿por qué no tomaron a tiempo las medidas del caso? El gobierno ha dado a estas preguntas una respuesta tardía y poco convincente. Su responsabilidad es grave e inocultable.

Otros oráculos afirman que la revuelta es puramente indígena. Es una idea que comparten algunos despistados periodistas extranjeros. Basta haber visto y oído a los "comandantes" en la televisión para darse cuenta de que ni por su lenguaje ni por su aspecto son indígenas. Y sobre todo: el programa y las ideas que exponen en sus dos manifiestos y en sus boletines de prensa, desmienten esa pretensión. Entre los dirigentes algunos son ideólogos y adeptos de esta o aquella doctrina, del maoísmo a la teología de la liberación. Aclaro que no incurro en el simplismo de atribuir el alzamiento únicamente a la influencia de un grupo de ideólogos y de militantes. No cierro los ojos ante la miseria y el desamparo de las comunidades indígenas. Cambian los sistemas políticos y los económicos, unos suben y otros bajan, gobiernos van y gobiernos vienen, pasan los años y los siglos, pero nadie los oye ni escucha sus quejas. La elocuente carta que el 18 de enero envié el "subcomandante" Marcos a varios diarios, aunque de una persona que ha escogido un camino que repudio, me conmovió de verdad: no son ellos, los indios de México, sino nosotros, los que deberíamos pedir perdón. Como se ve, tampoco cierro los ojos ante las responsabilidades de nuestras autoridades —especialmente las de Chiapas— ni ante las no menos graves de las egoístas y obtusas clases acomodadas de esa rica provincia. Esta responsabilidad se extiende, por lo demás, a toda la sociedad mexicana. Casi todos, en mayor o menor grado, somos culpables de la inicua situación de los indios de México pues hemos permitido, con nuestra pasividad o con nuestra indiferencia, las exacciones y los abusos de cafetaleros, ganaderos, caciques y políticos corrompidos.

Dicho esto, hay que agregar otras causas que escapan a esa moral, fácil y esquemática, que busca a toda costa responsables que enjuiciar y culpables que castigar. No es el momento de examinarlas; para aquéllos que quieren enterarse a fondo, recomiendo el extenso, sereno y bien informado artículo de Arturo Warman en *La Jornada* del domingo 16 de enero. Para mis propósitos, es suficiente con decir que unas causas son históricas y otras contemporáneas. Las primeras se remontan no sólo a la Conquista y a la Colonia, sino más atrás, al mundo mesoamericano (por ejemplo: el estado de guerra perpetua de la sociedades precolombinas). Las contemporáneas: la caída de los precios del café, la inmigración de los campesinos de otras regiones, las sucesivas oleadas de refugiados guatemaltecos y, en fin, la plaga mayor de México, la gran piedra que tiene atada al cuello: la explosión demográfica. En Chiapas, según parece, la tasa de crecimiento de la población ha sido, durante los últimos años, superior al cuatro por ciento anual, una de las más altas del mundo.

Nuestros intelectuales han decidido ignorar todo esto. ¿Por qué? Muchos por obcecación ideológica y por espíritu de partido; otros por una operación de transferencia psicológica, bien conocida de los psicoanalistas, que consiste en proyectar nuestros sentimientos de culpa sobre cualquier chivo expiatorio *ad hoc* (papá, maestro, gobierno); otros por cálculo: siempre reedita afiliarse a una "buena causa" y usarla como un trampolín publicitario; y otros más por una mezcla indefinible y explosiva de buenos sentimientos y malas razones. No ha faltado quién haya equiparado las acciones del ejército mexicano con las de los norteamericanos en Viet-nam, como si Chiapas fuese un territorio ocupado. Una caricatura de *La Jornada* comparó un ataque aéreo en las montañas con el bombardeo nazi de Guernica. Cierzo, a pesar del reducido número de bajas que confiesan ambas partes, es muy posible que se hayan cometido abusos. Sabemos lo que son los ejércitos y lo que son los hombres. Hay que denunciar y condenar esos abusos. Pero también sabemos a qué excesos puede llevar la pasión partidista. Molière habría saludado con una sonrisa de conocedor el espectáculo de tantos moralistas, con los ojos en blanco y los brazos alzados al cielo, denunciando a gritos al Ejército: ¡genocidio! ¿Han olvidado acaso el significado de las palabras?

En la historia de las obsesiones colectivas (los antiguos las llamaban, con más propiedad, *manías* y *furios*) las recaídas, como su nombre lo indica, son cíclicas. A la manera del ir y venir de un péndulo, algo nos lleva a repetir una y otra vez las mismas faltas. Así, no es extraño que estos guardianes de la moral pública sean los mismos que durante años y años callaron o no pocas veces aplaudieron las atrocidades de los Mao, los Brejnev y los Castro. Los mismos que apoyaron de palabra e incluso de obra a los tupamaros de Uruguay y a los montoneros de Argentina, a los sandinistas de Nicaragua y a los guerrilleros de El Salvador. Sus fantasmas juveniles regresan, encarnan en los "comandantes" de Chiapas y los llevan a repetir los viejos dislates y las culpables complicidades. Han olvidado, si alguna vez la aprendieron, la terrible lección de la guerrilla latinoamericana: en todos los países, sin excepción, ha sido derrotada, no sin antes arruinar a esas desdi-

chadas naciones y no sin provocar la instauración de regimenes de fuerza. ¿Esto es lo que quieren para México?

18 de enero

2. INCERTIDUMBRE Y PERSPECTIVAS

Ni por su poderío militar ni por su ideología el movimiento de Chiapas puede triunfar. En cambio, si puede ensangrentar a esa región, arruinar la economía del país, dividir a las conciencias y, en fin, dar un golpe mortal a nuestro incipiente y débil proceso democrático. Pero los hechos sociales, debo repetirlos, son complejos, dobles o triples. Es imposible ignorar la otra faz de la revuelta de Chiapas: las iniquidades que denuncian las comunidades indígenas de Chiapas son bien reales y justas la mayoría de sus demandas. Por esto sostuve desde el principio que "en todos los casos el gobierno mexicano debe preferir el diálogo al uso de la fuerza". Pacificar con la razón es mejor que vencer por las armas. Esto es lo que intenta hoy el presidente Salinas. Nombró secretario de Gobernación a un universitario respetado, el jurista Jorge Carpizo; ordenó el cese unilateral del fuego; designó Comisionado para la Paz y la Reconciliación a una personalidad política, el apto y flexible Manuel Camacho, que se ha distinguido por su capacidad de negociador; y hace unos días pidió al Congreso aprobar una Ley de Amnistía. La opinión pública ha aplaudido estas medidas. También ha saludado con esperanza el nombramiento de Manuel Camacho. Todos le reconocemos las cualidades indispensables para llevar a buen término su ardua empresa. Ha comenzado con un acierto: asociar en sus gestiones al obispo Samuel Ruiz, prelado influyente y querido en sus diócesis.

A nadie se le ocultan las dificultades de la futura negociación. La primera se refiere a los interlocutores: ¿quiénes son? Uno de los misterios de la situación actual (y no es el único) es la identidad de los dirigentes de la revuelta. Hasta ahora se han presentado con nombres ficticios y el rostro cubierto por un pasamontañas. Pronto los conoceremos: no es verosímil que las negociaciones se lleven a cabo entre enmascarados. Aunque es total nuestra ignorancia acerca de sus personas, sabemos por lo menos que la dirección es colectiva. Probablemente está compuesta por dos grupos distintos: los "comandantes" y los representantes de las comunidades campesinas que forman el movimiento. Estos últimos representan a grupos étnicos muy celosos de su historia y de sus tradiciones particulares. Así, la primera dificultad para entablar el diálogo consiste, por una parte, en la diferencia de objetivos y puntos de vista entre los "comandantes" y los dirigentes indígenas; por la otra, en la diversidad de móviles e intereses de las distintas comunidades. Cada colectividad humana es el teatro de la lucha entre tendencias, intereses y grupos; el movimiento de Chiapas no es una excepción y en su seno existen oposiciones y diferencias. Cualquier análisis de la situación debe tener muy en cuenta esta circunstancia.

Seguramente los dirigentes superarán, en el primer momento de la negociación, sus diferencias y presentarán una lista o pliego de temas, condiciones y demandas.

Aquí interviene la gran pregunta: *¿qué puede negociarse?* Los dos manifiestos del movimiento se refieren, en primer lugar, a ciertos objetivos *nacionales* (libertad, democracia) y, enseguida, a las demandas *locales* de las comunidades indígenas. Me parece que en el segundo punto el acuerdo puede ser rápido. El gobierno acaba de crear una comisión nacional, en la que participan personas sin partido y miembros de la oposición, encargada de diseñar un programa que, a corto y a largo plazo, mejore las condiciones de los grupos indígenas. Si el gobierno oye las demandas de las comunidades, como parece que está decidido a hacerlo, se habrá iniciado el proceso de una intensa reparación histórica. Pero los dos manifiestos contienen también, como ya señalé, un programa político nacional que entraña una verdadera subversión del orden actual: la destitución del gobierno y el nombramiento de un gobierno provisional encargado de convocar a nuevas elecciones. Es claro que estas demandas no son ni negociables ni discutibles. Aceptar siquiera su discusión equivaldría a una rendición *de facto*.

Ignoro cuáles podrían ser las demandas negociables de los insurrectos. Supongo que, si el viejo demonio de la desmesura no los ciega, sus demandas serán más realistas que las que figuran en sus manifiestos y en las declaraciones que han hecho a la prensa varios comandantes, mayores y capitanes. De paso: para ser oficiales de un ejército, esos militares son más bien locuaces y no se recatan en exponer puntos de vista contradictorios. A pesar de esta diferencia de opiniones, en los documentos que han publicado proclaman que luchan por la libertad y la democracia. Me parece que aquí podría encontrarse el comienzo de un entendimiento. Hay un punto en el que coincidimos la gran mayoría de los mexicanos: la aspiración democrática. Ahora bien, al tratar este tema y otros parecidos, el Comisionado deberá tener en cuenta un principio de orden general: el movimiento representa únicamente a grupos (¿mayoritarios?) de cuatro municipios de Chiapas. En consecuencia, no es ni puede ser el vocero de una nación de 90 millones de habitantes. La política nacional es un tema que compete a todos los mexicanos y que debemos discutir entre todos. Se trata de un principio básico, de un derecho irrenunciable que debemos defender a toda costa.

En general, las negociaciones de esta índole son largas y con frecuencia duran años. Ejemplos recientes: El Salvador, Guatemala y, en otros continentes, Israel y los palestinos, Gran Bretaña y los católicos irlandeses, el gobierno español y la ETA. Pero nosotros tendremos elecciones el próximo mes de agosto. La revuelta comenzó precisamente en el momento en que se iniciaba la campaña electoral. Esta circunstancia es lo que vuelve angustiosa la situación actual. Nuestra democracia está en pañales y la afean muchos vicios. Unos son imputables a la larga y antinatural hegemonía del PRI; otros son de orden histórico. La democracia, no me cansaré de repetirlo, es ante todo una cultura: algo que se aprende y se practica hasta convertirse en hábito y segunda naturaleza. Algo que todavía no acaban de aprender ni el gobierno ni los partidos de oposición ni la mayoría de nuestros conciudadanos. En nuestro país nadie se resigna a perder. No obstante, a pesar de todos sus defectos, a veces cojeando y otras a

tropiciones, a gritos y porrazos, la democracia mexicana comienza a cobrar realidad. La revuelta de Chiapas ha introducido en nuestra vida política el espectro de la ingobernabilidad. Un espectro que podría convocar a otro espectro no menos ominoso: el de la fuerza. En esto reside el peligro de la situación.

Los próximos meses van a poner a prueba a nuestros políticos, a nuestras instituciones y al país entero. Si las negociaciones se rompiesen, se estancasen o se prolongasen con largas y acerbadas discusiones, el proceso electoral se nublaría. Y los nubladlos se transforman a veces en tormentas. Así, es imperativo que ni el gobierno ni los partidos pretendan aprovechar en beneficio propio los incidentes y dificultades que se presenten. Los intereses generales de la nación están antes que los de los partidos. Hace una semana se celebró una nutrida manifestación, a la que asistieron connotados dirigentes del PRD y muchos de los escritores que derraman su tinta y su furia en los diarios capitalinos. El lema de esa manifestación era *¡Alto a la masacre!* Consigna inadmisible: ese mismo día el presidente Salinas había ordenado el cese del fuego. Esta clase de golpes bajos debe cesar. De lo contrario, nos aguardan días aciagos.

Desde su nacimiento como país independiente, México ha estado amenazado por la ingobernabilidad y por su remedio bárbaro: la dictadura. Al presidente Calles se le ocurrió una solución intermedia y en 1929 fundó el Partido Nacional Revolucionario, que hoy se llama PRI. Fue una solución que no era enteramente democrática ni totalmente autoritaria. Para nadie es un secreto que el PRI ha cumplido ya su función estabilizadora y que hoy debe convertirse en un partido como los otros o desaparecer. Vivimos en un periodo de transición hacia la democracia. Por causas que no puedo examinar aquí (he tratado el tema en otros escritos) nuestra transición, al revés de la de España, ha sido demasiado lenta, con muchos tropiezos y recaídas. También con avances innegables. Las condiciones de hoy no son las de hace quince o diez años. De pronto, en el extremo sur, irrumpe la revuelta de Chiapas. Cualesquiera que sean las causas que la han originado (y ya dije que algunas son legítimas) su significado es claro: es un regreso al pasado. Ese movimiento militar abre la puerta al caos que vivieron y sufrieron nuestros padres y nuestros abuelos. Para cerrarle el paso al monstruo doble —el caos y su corolario, la fuerza— el remedio también es doble: la negociación, que debe llevarse a cabo con generosidad pero asimismo con firmeza, y una acción paralela y pacífica de todos los mexicanos, que asegure el tránsito definitivo hacia la democracia. Tenemos que proponernos, como meta común, realizar unas elecciones de tal modo limpias que resulten inobjetables para todos. Los otros programas políticos y sociales deberán pasar a segundo plano. Nuestro país es muy viejo y muy joven, es uno y es múltiple. Hoy tiene que reunirse consigo mismo, sin sacrificar a sus tradiciones ni a su diversidad, para dar el salto y penetrar al fin en el mundo moderno. No es el paraíso: es la historia, el lugar de prueba de los hombres y las naciones. ✦

21 de enero

3. EL NUDO SE DESHACE O AHOGA

Aún no comienzan las negociaciones entre el gobierno y los insurgentes, aunque ya se han iniciado las primeras pláticas. Deben continuar. Todos debemos esforzarnos para que esas conversaciones no se estancquen, se desvíen o se conviertan en una disputa estéril. El primer paso tiene que ser la determinación de los puntos y temas del debate. A pesar de que aún no conocemos la lista de los temas, podemos adelantar ciertas cosas. Pensamos que las demandas legítimas de las comunidades deben satisfacerse. No se nos oculten las dificultades: es imposible reparar en un mes males de siglos. Pero sí pueden echarse los cimientos y comenzar de la única manera digna y eficaz: dando a las comunidades indígenas los recursos y las posibilidades de llevar a cabo, ellas mismas, sin paternalismos, esa obra gigantesca de redención y liberación que las saque de su miseria. En cuanto a los temas nacionales, tales como las próximas elecciones y el tránsito hacia la democracia: no es inútil repetir que son de la competencia de todos los mexicanos y no de éste o de aquel grupo. Los insurrectos, según ellos mismos lo han reconocido en un reciente comunicado, representan apenas una fracción de la opinión nacional. Como mexicanos que son, tienen derecho a participar en el debate sobre estos asuntos, pero la decisión última no les corresponde ni a ellos ni al gobierno sino a todos los mexicanos.

El conflicto de Chiapas tiene dos aspectos: uno, regional, que pertenece a la historia y al presente de esa entidad; otro, nacional. Los dos aspectos son distintos y, al mismo tiempo, inseparables. No se les puede considerar aisladamente. Otro tanto ocurre con la cuestión de la paz: es una y doble. Es indudable que la sublevación en los cuatro distritos chiapanecos afecta radical y substancialmente al proceso nacional de transición democrática; asimismo, la evolución de ese proceso influye poderosamente en el conflicto regional y en su posible resolución. Son problemas diferentes y, sin embargo, íntimamente ligados. La solución del primero será ilusoria si no se resuelve el segundo; y viceversa. Son como los dos polos de una esfera: el movimiento de uno entraña el del otro. Así pues, la tentativa por resolver uno sin tocar el otro —por ejemplo, la cuestión local sin impulsar y profundizar el proceso democrático— no sólo está destinada a fracasar sino que nos llevará a un callejón sin salida. Todos perderíamos, salvo la violencia. En política, como en matemáticas, las soluciones mejores son las *elegantes*, es decir, las más simples. El habilidoso se atrapa en los hilos de su astucia; la rectitud, en cambio, no está reñida con la eficacia.

Las dificultades a que se enfrenta la solución del conflicto de Chiapas son dobles. Unas son de orden histórico y cultural; otras, político. Me referiré en seguida a las primeras. Las comunidades indígenas han conservado mucho de sus culturas tradicionales, pero nadie piensa, salvo excéntricos como el novelista Lawrence y algunos antropólogos descarriados, en una resurrección de los antiguos dioses. El cristianismo, sobre todo en la forma del catolicismo romano, es la religión de los indígenas de Chiapas. Se me dirá que estamos ante una versión peculiar,

sincretista, del catolicismo. Es verdad, ¿pero no son también sincretistas muchos de los rasgos del catolicismo romano, como el culto a los santos? Sobre este punto una plegaria de Juan Pérez Jolote, hoy muy citado, es un testimonio inequívoco: "Santa tierra, santo cielo, Dios señor, Dios hijo, Santa Tierra... Gran Hombre, gran Señor, gran Padre, gran *Petome*... por mi incienso, por mis velas, espíritu de la luna, virgen madre del cielo, virgen madre de la tierra, Santa Rosa, por tu primer hijo, por tu primera gloria, ve a tu hijo estrujado en su espíritu, en su *chumel*."*

¿Cómo la cultura de los indios chiapanecos puede *traducirse* a la modernidad? ¿Y cómo esa cultura puede insertarse en la moderna cultura mexicana? El problema es inmenso; no pretendo, no digamos ya resolverlo, sino siquiera plantearlo en todos sus términos. Baste con recordar que, en el siglo XVI, la respuesta de los misioneros fue insertar la singularidad india en la matriz del catolicismo romano y que, en los siglos XIX y XX, los liberales de 1857 y los revolucionarios de 1917, adoptaron de nuevo, frente a la peculiaridad india, otro universalismo: la república laica y democrática. El mestizaje cultural ha sido la respuesta de México a la singularidad india, lo mismo en el XVI que en la época moderna. El elemento indígena está en todos los dominios de la cultura y la vida mexicana, de la religión a la poesía, de la familia a la pintura, de la comida a la cerámica. Pero sería mucho olvidar que nuestras ventanas hacia el mundo —mejor dicho: nuestra puerta— son el idioma español y las creencias, instituciones, ideas y formas de sociabilidad transplantadas a nuestras tierras durante el período novo-hispano. Hoy se habla de multiculturalismo pero ¿qué se quiere decir con esta palabra? En los Estados Unidos posee un sentido preciso: ¿lo tiene en México?

En términos económicos, sociales, jurídicos y políticos, la solución del conflicto de Chiapas es mucho más fácil. Ya he dicho varias veces que las demandas de las comunidades me parecen, en lo esencial, legítimas. Hay que satisfacerlas. Observo de paso que esas demandas se inscriben dentro de las coordenadas políticas, jurídicas y sociales del México moderno, una nación que ha hecho suya gran parte de la herencia cultural e histórica de Occidente. Sobre esto no es impertinente recordar que uno de los fundamentos históricos y jurídicos del movimiento zapatista —me refiero al original— eran los títulos de propiedad otorgados a los pueblos por la Corona española. En cuanto a las negociaciones: en un artículo anterior me he referido a ciertas dificultades que, presumo, experimentan los insurrectos. Estas dificultades, a mi juicio, pueden reducirse a dos puntos. El primero: la diferencia

*Por cierto, a mí me tocó descubrir y citar por primera vez el libro de Ricardo Pozas (*Juan Pérez Jolote. Autobiografía de un tzotzil*), en 1950, en la primera edición de *El laberinto de la soledad* (páginas 109 y 110). El texto de Ricardo Pozas apareció en 1948, en su primera versión, en *Acta antropológica*, una revista de la Escuela Nacional de Antropología. Contribuí a que la autobiografía de Juan Pérez Jolote, que pertenece al mismo género de *Black Elk Speaks* o de *Soleil-Hopi*, se editase en México, en el Fondo de Cultura Económica, y fuese traducida al inglés, al francés y al alemán. Recuerdo esto porque, durante las últimas semanas, se me ha acusado de "subestimar a los indios".

de intereses, perspectivas, finalidades e incluso lenguaje entre algunos dirigentes de extracción urbana y las de los líderes indígenas. El segundo: las divergencias tradicionales entre las distintas comunidades indígenas. Un comunicado reciente de la comisión de obispos ha confirmado mi diagnóstico. ¿Cuáles son esas presumibles diferencias? Aunque las desconozco, no es difícil adivinar su naturaleza. A los campesinos deben preocuparles sobre todo los problemas de la tenencia de la tierra y otros conexos (refacciones, libertades municipales, fin del caciquismo, educación, salud, etc.), mientras que para los dirigentes de extracción urbana, los temas de política nacional tienen que ser los primordiales. ¿Esas diferencias son insuperables? No lo creo. En todo caso, lo sabremos pronto. Las negociaciones no pueden seguir siendo un diálogo con encapuchados, como si leyésemos una novela gótica.

En el otro lado hay también divergencias y discrepancias. Es un secreto a voces que tanto en el PRI como en el gobierno y en el ejército hay muchos partidarios de la mano dura. Falso realismo, miopía histórica e insensibilidad política. El uso de la fuerza, aparte de provocar la indignación nacional e internacional, engendraría desórdenes y luchas que, no exagero, llegarían a poner en peligro a la integridad del país. ¡Ay de México si esa gente se saliese con la suya! Otros grupos, duchos en las intrigas de antecámara, ven con inquietud y temor la labor del Comisionado para la paz y la reconciliación, Manuel Camacho. No se atreven a confesarlo pero, en el fondo de su alma, desearían que fracasase. Extraordinario error de cálculo. Es claro que los insurrectos tratarán de utilizar las divisiones en el seno del gobierno, aumentando sus exigencias y endureciendo sus posiciones. Es inaudito que los estrategas de salón no se den cuenta de que debilitar al comisionado es fortificar a los insurgentes. Tampoco parecen comprender que el fracaso de la negociación provocaría el caos y, probablemente, la vuelta a la *mano militar*. Finalmente, en la oposición, en el bando de la izquierda, también hay obstinados que ven en la prolongación del conflicto el comienzo de grandes trastornos populares que al fin lograrían, de un solo manotazo, derribar el vacilante edificio del sistema político que nos rige... Todas estas amenazas no deben desanimar a la opinión mayoritaria. Sería suicida ahogar en su cuna a la negociación. Con la única arma de que disponemos: la acción pacífica, debemos convertir a la negociación por la paz en un imperativo nacional. Se ve ahora con toda claridad la relación íntima entre el conflicto regional de Chiapas y la democracia. Sin libertades democráticas será imposible la acción popular, no partidista, en favor de un acuerdo. A su vez, sin un acuerdo en Chiapas, el proceso democrático sufriría una herida de muerte.

Escribo el 5 de febrero. Si se piensa en el tiempo transcurrido desde el comienzo del conflicto —un mes apenas— me parece que se han hecho avances considerables: la suspensión unilateral del fuego seguida del cese de las hostilidades; la amnistía; la decisión de los insurgentes de aceptar el diálogo e iniciar las conversaciones. A todo esto hay que agregar un hecho fundamental y que puede ser un paso decisivo hacia una nueva época en nuestra historia: la firma, por los ocho partidos

nacionales y sus candidatos a la Presidencia de la República, del "Compromiso para la paz, la democracia y la justicia". Entre los firmantes del pacto están los tres partidos más importantes del país: el PAN, el PRI y el PRD. Los tres, así como los otros partidos, merecen el reconocimiento nacional.

El Compromiso es la respuesta adecuada a la pregunta que, desde hace meses, se hace la mayoría de los mexicanos: ¿tendremos en agosto de 1994 unas elecciones limpiadas? Es bueno citar las palabras de Jorge Carpizo, Secretario de Gobernación, ante quien se firmó el documento: "México necesita que la elección federal de 1994 sea imparcial, transparente, creíble, objetiva y aceptable por la sociedad y las organizaciones políticas". La firma del pacto es el primer paso en esa dirección. De ahí la importancia de las estipulaciones destinadas a asegurar una elección imparcial. La primera indica que el nombramiento de las autoridades electorales será hecho por consulta y consenso entre las fuerzas políticas. Avance enorme. También son un gran avance las relativas a la confiabilidad en el padrón electoral y a la equidad en el uso de los medios de comunicación. En efecto, es urgente definir y reglamentar el derecho a la información.

Los firmantes reconocen que "el asunto más importante para el país es el restablecimiento de una paz justa y duradera". Agregan que, para lograrla, "una condición necesaria es que avance la democracia con la realización de una elección imparcial en 1994 y que resulte aceptada por los ciudadanos y las fuerzas políticas de México". No hemos dicho otra cosa: la solución del conflicto de Chiapas está íntimamente asociada al proceso democrático y especialmente a las elecciones nacionales de 1994. Entre los acuerdos básicos hay uno que tiene relación estrecha con la situación chiapaneca: "facilitar que aquellos que hayan optado por el enfrentamiento, se sumen al proceso de transformación de la vida política de nuestro país". Es preciosa entre todas la parte final de esta declaración: en ella los partidos políticos, inclusive el PRI, reconocen que México vive un período de transformación de su vida política. Si ese proceso se detuviese, la incompleta modernización de México se convertiría, una vez más, como en los siglos XVIII, XIX y XX, en una quimera, un sueño de verano. Ya sabemos que la modernidad es un beneficio ambiguo; para convencerse basta con ver lo que ocurre en los Estados Unidos y en Europa. Pero es inevitable. Y la modernidad pasa por la democracia.

A 5 de febrero

POSTSCRIPTUM

El pacto que han firmado los partidos políticos es una declaración de principios. Ahora falta lo más importante: cumplirlos. La inquietud es legítima. El mismo día en que se daba a conocer el pacto, el Presidente Salinas, en la oficina de su investidura y ante el Secretario de Gobernación y el Presidente de la Corte —funcionarios que por mandato constitucional están por encima de los partidos y que, por definición, se reputan imparciales— reiteró su apoyo al candidato del PRI. Fue un acto partidista que

contradecía a la letra y al espíritu del pacto. Ayer, en una reunión pública, el candidato del PRD, con expresiones vehementes, pidió que "hasta que se celebren elecciones en agosto y asuma el gobierno un Presidente legítimamente elegido por el pueblo mexicano, el Titular del Ejecutivo se limite al despacho de los asuntos corrientes". Es decir, pidió que el señor Salinas dejase de ser Presidente. Coincidencia inquietante con el primer manifiesto de los insurrectos. ¿Connivencia o imprudente desplante oratorio? No sé. Pero la manera más segura de abrir la puerta a la violencia general sería la salida o la neutralización del Presidente. Es indudable que estas divergencias ejercen una influencia negativa en las apenas iniciadas negocia-

ciones de Chiapas. Sabemos que los insurgentes se niegan a dejar las armas, de modo que la amnistía se aplaza *sine die*. ¿Qué pedirán mañana? Sería funesto comenzar las pláticas en estas condiciones. Si el gobierno y los partidos —en este caso el PRI y el PRD— regresan a sus posiciones tradicionales y a su intransigencia, se habrá dado un paso más hacia el precipicio. Tal vez el paso definitivo. Hay que evitarlo, hay que volver al "Compromiso para la paz, la democracia y la justicia". Es la vía de salvación. La responsabilidad del gobierno y de los partidos es cumplir el pacto; la nuestra, la de los ciudadanos: obligar al gobierno y a los partidos a cumplirlo. ✽

A 6 de febrero



Cinco observaciones

ALEJANDRO ROSSI



1) Me parece que entre tantas voces y tanta letra escrita no encuentro, salvo honorables excepciones, la convicción profunda del daño que una guerrilla y su secuela natural, el terrorismo, le causa a un país. Se trata, sin posible exageración, de un cáncer que carcome no sólo la vida política de una nación, sino también su trama social y sus repertorios de conducta. Envenena las más íntimas agrupaciones de una comunidad. Las condiciones, reales o virtuales, de vida democrática se vuelven dificilísimas y se incita al Estado a transformarse en un implacable aparato policiaco. Se llega así a la más infame de las guerras, la civil, la sucia, la bomba en el mercado y los sótanos de tortura.

2) Hay una tesis por ahí que corre con cierta fortuna popular y que yo tengo por falsa. Es la idea de que si México fuera un país democrático no habría ocurrido el levantamiento de Chiapas. La cual naturalmente supone otra tesis, a saber, que la democracia excluye o repele por necesidad a la guerrilla. Las cosas son más complicadas. Conviene recordar aquí cuando menos un caso que, además, me atañe de cerca: la guerrilla venezolana no estalla durante la dictadura de Pérez Jiménez (quienes durante esos años lucharon en la clandestinidad fueron los partidos democráticos, A.D., COPEI, U.R.D.), sino precisamente con la instauración de la democracia. Esa guerrilla, que se mantuvo durante nueve largos años, fue la pesadilla de una nación y de tres gobiernos elegidos democráticamente. Siempre se podrá decir, claro está, que sólo representaban la democracia "electorera", no la "verdadera". ¿Cuál es esa?

3) Hay otra posición que considero peligrosa. La que en general critica la violencia como arma política, pero concede alegremente que el levantamiento en

Chiapas ha sido, en el fondo, muy saludable: ha sacudido la modorra política del país, ha puesto en crisis el imperio del PRI y, por consiguiente, ha acelerado la democratización. Es una posición que oculta un deseo contradictorio: la violencia, en dosis adecuadas, es útil para llegar a la auténtica paz democrática. Quien así piense ha abandonado las razones para oponerse a cualquier brote revolucionario violento. Le abre la puerta a los fusiles. Es un suicidio político.

4) Me llama la atención el cambio que se ha dado, durante las últimas semanas, en la justificación política del alzamiento en Chiapas. Primero era ideológica, revolucionaria y guerrera. Ahora se ha dejado a un lado ese discurso y se ha convertido sencillamente en un grito de justicia. Por tanto, me aseguran algunos, ya no son válidas las críticas a la ideología antes declarada: aquí estamos ante una herida abierta, no una brumosa proclama izquierdista. Los críticos habrían quedado superados. No niego, por supuesto, la dolorosa verdad de las quejas, pero no creo que la crítica lúcida a la ideología que sustenta la rebelión quede anulada. La guerrilla, aunque varíen las palabras, sigue siendo un hecho ideológico. No lo olvidemos.

5) Tengo la impresión de que muchos actores sin trabajo sintieron que podrían volver de nuevo al escenario. Había cambiado el lenguaje: los complicados razonamientos económicos salían sobrando, las balas los habían refutado. Pero, por desgracia, las balas sólo matan, no refutan teoremas, no refutan teorías, refutan, eso sí, la vida. Todavía no he leído una sola razón para argumentar, desde los acontecimientos del Sur, contra, digamos, el T.L.C. Seguramente las hay, pero seguramente no son los disparos. ✱

Procurando entender

ENRIQUE KRAUZE



La Patria está en peligro... Es hablando, no matándonos, como habremos de entendernos.

Melchor Ocampo, 1852.

No es la primera vez que los mexicanos aprendemos a conocernos mediante una inmersión violenta. Antes del 1° de enero hablábamos del riesgo de la violencia, del "México bronco", del "tigre" que el país lleva en las entrañas, pero no advertíamos con claridad el contenido de esas palabras. Nos faltaba la experiencia concreta, o al menos el amago real, inminente, de la violencia. A pesar del 68, durante más de medio siglo, los mexicanos hemos vivido en un santuario de paz. Hoy hemos entrado, por desgracia, a la normalidad del siglo XX.

Vivimos días extraños, inéditos, confusos. Hay mil sensaciones encontradas, temores desconocidos, esperanzas de llegar a un orden mejor, incertidumbre de cómo lograrlo y una tristeza compartida por no haber prevenido lo que ocurre. Vivimos en vilo, a la expectativa, procurando entender. En esta circunstancia, es natural que las hipótesis de un día se modifiquen la mañana siguiente. Entre el tapadismo oficial, los pasamontañas guerrilleras y la autocensura de los medios masivos, no es fácil orientarse. Por fortuna, algunos periódicos han desplegado una labor admirable.

Es precisamente la voz de los campesinos en la prensa escrita la que me ha hecho repensar algunas de mis observaciones iniciales sobre la sublevación de Chiapas. Porque no sólo la violencia ha adquirido una sustancia real, sino también la condición de los indios. El México del subsuelo se había alejado de la conciencia pública como en tiempos del Porfiriato y hoy ha vuelto a plantarse frente a nosotros igual que entonces: como la erupción volcánica de un agravio de siglos. Sigo creyendo que en la guerrilla de Chiapas hay "los de arriba" y "los de abajo", sostengo mi opinión crítica de la Teología de la Liberación, sigo reprobando la vía armada para la solución de los problemas mexicanos. La democracia que queremos no puede salir del fondo del fusil: del fondo del fusil sólo sale la muerte. Sin embargo, hay elementos de autenticidad en las voces de los chiapanecos agraviados que no es posible soslayar.

En los primeros días, las insistentes alusiones de los comandantes a su "mexicanidad" aumentaban mi sospecha

de que el EZLN era sólo una versión anacrónica de las guerrillas centroamericanas que no sirvieron más que para empobrecer al pueblo y enriquecer a sus comandantes. O peor aún, de "Sendero luminoso", esa versión inca de Pol-pot que ajusticia perros colgándolos de los árboles. La larga preparación de su movimiento y otros muchos indicios de fanatismo teológico, siguen confirmando mi pesimismo, pero admito que con el paso de los días he dudado un tanto de mi duda. Para decirlo de una vez: el zapatismo de Chiapas no ha sido, al menos hasta este instante, un zapatismo entre comillas. Perteneció también a la historia revolucionaria mexicana que es tan rica como la tradición revolucionaria europea, pero es distinta. Sus orígenes están en muchos autores neoescolásticos que sostenían que la soberanía reside en los pueblos y hablaban de la "licitud" de la insurrección contra un "gobierno gravoso e injusto".

Pero más allá de su raigambre, autenticidad y justificación, el signo verdaderamente ominoso de la revuelta en Chiapas es la anudación de la violencia y la fe. No hay un caso en la historia —la mexicana y la universal— en que esa mezcla haya conducido a la concordia civilizada. Por eso vivimos un volado histórico en el que todos nos jugamos, literalmente, el destino. Si sale sol y el diálogo conduce a un principio de manumisión en Chiapas y a una transición efectiva hacia la democracia en México, la guerrilla habrá sido (casi) un movimiento de resistencia civil al que le deberemos la concordia nacional y algo más precioso: la toma de conciencia sobre nuestra realidad. Si sale águila y el diálogo fracasa, "llorad mexicanos, llorad": podría perderse la nación mexicana.

4 de febrero de 1994

JOSÉ PEREZ MENDEZ

"Quiero que haya democracia, que ya no haya desigualdad. Yo busco una vida digna, la liberación así como dice Dios". El de la voz es José Pérez Méndez, campesino de 24 años perteneciente al Ejército Zapatista de Liberación Nacional, preso no por el ejército mexicano sino por campesinos como él, habitantes del pequeño poblado de Oxchuc. Sus sencillas palabras son una clave para entender el sentido de la tragedia chiapaneca que está destinada a cambiar, y ha cambiado ya, la vida de México.

"México es el país de la desigualdad", escribió Hum-

boldt a principios del siglo XIX. En muchas zonas del país, su dictamen sigue siendo dolorosamente válido. Si viajara a fines del siglo XX lo completaría agregando: "México es el país de la antidemocracia", no de la opresión tiránica o del totalitarismo sino de una cultura que a través de fraudes electorales, corrupción y vastos sistemas de patronazgo, pervierte desde su raíz a la democracia. El primer agravio es centenario, el segundo es reciente. Ambos lesionan la dignidad de José Pérez Méndez y de la mayoría de los mexicanos.

Chiapas es el escenario extremo de la desigualdad y la antidemocracia. Conquistadores, encomenderos, alcaldes mayores, mandones, hacendados, caciques, dueños de plantaciones cafetaleras, gobernadores, han sido los responsables de una situación de miseria, humillación racial y opresión política que, en efecto, lleva siglos. Como si la historia mexicana fuese una escritura cifrada —lo ha sido en muchos momentos—, la sublevación ocurre en la tierra de Fray Bartolomé de las Casas, el célebre defensor de los indios cuyo llamado de dignidad —la Humanidad es una— movió a Carlos V a promulgar en 1542 las Leyes de Indias que abolían la servidumbre y la esclavitud en los territorios conquistados. Su espíritu también ha permeado los siglos. José Pérez Méndez pertenece a su grey.

Del agravio reciente no hay más que un responsable: el gobierno, el sistema. Desde 1968, por lo menos, reveló su verdadera naturaleza: en México no existe un verdadero régimen republicano, representativo, democrático, federal como el que enuncia la Constitución vigente, sino una especie de monarquía absoluta y centralista con ropajes republicanos. A pesar de que los mexicanos gozamos de libertades cívicas reales y tangibles —de movimiento, asociación, creencia, pensamiento, expresión— una de las libertades fundamentales, la libertad política, sigue bloqueada en mil formas por una cultura antidemocrática que el gobierno ha propiciado y no ha querido erradicar. México no es un país democrático. José Pérez Méndez tiene razón.

Hasta aquí Pérez Méndez es un insurgente de la estirpe mexicana, una síntesis de Zapata y Madero, aquellos dos caudillos de la Revolución Mexicana que buscaban la dignidad de la persona humana por dos vías de reivindicación: la devolución de la tierra usurpada a las comunidades campesinas y la instauración de un régimen plenamente republicano, representativo, democrático y federal. Pero de pronto, en sus palabras apunta algo que ya no cuadra con la teoría de los agravios, un substrato religioso que no tiene que ver con la democracia sino con la Teología de Liberación: "busco la liberación, así como dice Dios". En este sentido, sin sospecharlo, el campesino en armas se ha vuelto un anabaptista del siglo XVI que acepta la predica de la violencia como un medio legítimo para instaurar las enseñanzas de Jesucristo. O, más precisamente, un émulo de sus propios antepasados tzotziles, que en 1712 se levantaron en armas siguiendo a un profeta autollamado Don Sebastián de la Gloria. Tras anunciar "la muerte del Rey y de Dios" y el advenimiento de una Virgen aparecida en la selva, De la Gloria y sus fervorosas tropas atacaron varios pueblos —entre ellos Ocosingo, uno de los escenarios de la guerra actual— matando a la

población y saqueando las haciendas e ingenios de los frailes dominicos. Muchos de los pueblos indígenas de la zona —San Bartolomé, Comitán, Zinacantan, Chamula, Chenalhó— se rehusaron a adoptar la nueva fe y a seguir aquel experimento teocrático que terminó, como el de los anabaptistas de Müntzer, no en la igualdad de los cristianos primitivos sino en una efímera y grotesca tiranía seudocristiana.

Los nuevos profetas a los que sigue José Pérez Méndez se llaman Comandantes. Sus proclamas iniciales no mencionaban otros fines que la destitución del "dictador", la derrota del ejército federal mexicano, la justicia social y la formación de un "gobierno libre y democrático", pero al paso del tiempo han ido revelando su verdadera fe: "queremos el socialismo". Ante la pregunta obligada sobre el fracaso del socialismo real, sobre los millones de muertos que su estela de miseria y opresión dejó en tantos países, uno de los comandantes responde: "nuestro caso será distinto". Mientras la ciudad de México es el escenario de los arreglos entre los gobiernos y la guerrilla de varios países centroamericanos, entre ellos Guatemala; mientras en El Salvador, después de una guerra que ha costado decenas de miles de vidas, los guerrilleros aceptan la vía democrática y algunos —no sin cinismo— se convierten en grandes empresarios; mientras en Nicaragua los sandinistas fracasaron en afianzar una legitimidad puramente revolucionaria y fueron desplazados por la legitimidad democrática a la que tendrán que apelar para volver al poder; mientras todo esto ocurre y el mundo ha reconocido el valor universal de la democracia... en México brota la guerrilla. ¿Cómo explicarlo? ¿Qué manos manejan tras el escenario y para sus propios fines el sacrificio de José Pérez Méndez?

Entre José Pérez Méndez y sus comandantes existe una diferencia esencial: el primero es un personaje del pueblo, el segundo es un personaje que dice representar al pueblo. Es la misma, vieja historia de la guerrilla centro y sudamericana. Los comandantes no sólo hablan en nombre de todo el pueblo mexicano sino que se consideran los "herederos de los verdaderos forjadores de nuestra nacionalidad". En los poblados de Chiapas que han atacado, el pueblo campesino tiene otra opinión: "no dejaremos que regrese el ejército zapatista", dijeron los indios Tzeltales de Oxchuc. En los otros pueblos ocupados por los guerrilleros —Ocosingo y Altamirano—, *La Jornada* reporta: "los rebeldes fueron obligados a replegarse en medio de muestras de repudio de la población". "Cuando vi a estos hermanos" —dijo Pérez refiriéndose a los residentes de Oxchuc— pensé que eran compañeros, pero resultó que no y entre 15 de ellos nos apalearon" (*Reforma*, 5 de enero de 1994). Sus comandantes le habían dicho que el pueblo era uno solo: el que representaban los comandantes.

En su vida José Pérez Méndez ha sufrido toda suerte de vejaciones pero es seguro que no participa del culto intelectual a la violencia que profesan sus comandantes: la muerte redentora, los ríos de sangre, la "violencia cristiana". No es un culto de campesinos sino de universitarios, de poseídos dostoyevskianos. Acuden a la violencia de las armas para luchar contra lo que llaman la violencia de la

pobreza, la violencia del fraude, la violencia del desempleo y las enfermedades. Para los campesinos de Chiapas la miseria, el fraude electoral, el desempleo o las enfermedades son lo que son —realidades terribles, insufribles si se quiere— pero no son la muerte misma. Sobre la muerte misma los campesinos quieren conservar la última palabra. Su vida es precaria pero quieren que sea respetada. Quizá por eso, contra las predicciones y los llamados de la guerrilla, la mayoría ha repudiado con su éxodo o con sus banderas blancas, la violencia de verdad, la violencia de la muerte.

Repudiar la violencia revolucionaria en México en 1994 como vía para la justicia y la democracia no significa adoptar un inocente pacifismo frente a toda opresión, frente a toda injusticia. Madero, el más demócrata de los hombres que haya nacido en México, se lanzó en 1910 a una revolución contra el largo régimen de Porfirio Díaz, pero lo hizo después de agotar por siete años todas las instancias políticas. A plena luz, financiado por sí mismo, actuó, escribió, habló, recorrió el país, lanzó su candidatura de oposición y finalmente sufrió el fraude electoral. Sólo entonces se lanzó a una lucha breve, efectiva y casi incruenta. Al poco tiempo, tras la renuncia de Díaz, se celebraron las elecciones más limpias y unánimes de la historia mexicana. Madero triunfó por una amplia mayoría e inauguró el único periodo de democracia plena que ha conocido el país. "Estoy más orgulloso de mis triunfos en el campo de la democracia que en los campos de batalla", solía decir.

¿Están los comandantes del EZLN en un caso similar? ¿Quiénes son? ¿Agotaron, como Madero, las opciones pacíficas? ¿De dónde proviene el financiamiento de su lucha? ¿No significa nada para ellos la experiencia y el sacrificio de los guerrilleros en los años setenta? ¿Es realmente el neoliberalismo un enemigo que sólo se combate por las armas? ¿Por qué hubo guerrilla en los setenta contra un régimen que nada tenía de neoliberal? ¿Piensan que la opción civilizada y pacífica de las personas de izquierda que ahora militan en el PRD fue equivocada? ¿Creen que la poderosa presencia de esa izquierda no violenta es un espejismo? La conclusión es inescapable: a los comandantes no les importa la democracia.

José Pérez Méndez es una persona distinta: no es un revolucionario embozado en una bandera democrática. Es seguramente un hombre de temple religioso que tiene hambre de justicia, de libertad y sobre todo hambre de verdad, hambre de pan. Para hombres como él y para hombres que no piensan como él hay que construir de inmediato nuestra democracia. Si en su municipio hubiese autoridades elegidas por el pueblo y no nombradas por el centro, los ricos o los caciques, personas como él podrían elegir entre las diversas vías la que más les convenciesera para alcanzar la justicia... incluso el socialismo. Lo mismo ocurriría en los niveles estatales y federales. Sólo la democracia asegura el ensayo legal de un proyecto, su sólida vigencia si a juicio de los ciudadanos tiene éxito, o su remoción si fracasa.

Desde hace muchos años los mexicanos abrigan un agravio insatisfecho, económico y político, pero su explosión no está ya en el futuro. En muchos sentidos

ocurrió el 1° de enero. Aceptarlo no es justificarlo. Chiapas, a diferencia de México, no vivió un proceso de mestizaje que a través del tiempo mellara las aristas de la desigualdad étnica. El llamado de los guerrilleros a los indios no moverá a los mexicanos. Ni siquiera a los indios de Chiapas. Y sin embargo, las palabras justicia y democracia no sólo están, genuinamente, en labios del campesino preso en Oxchuc sino en el país entero. ¿Qué hacer? Asegurar la más absoluta equidad y limpieza en todos los tramos y aspectos del proceso electoral. Para ello urge integrar un Frente o Comisión nacional. Desde hace años la democracia ha sido el único camino posible de reconciliación nacional. Hoy significa algo más: la vía de la salvación.

¿Cuál habrá sido la suerte de José Pérez Méndez? No lo sé. Espero que su vida haya sido respetada, espero que alguna vez discutamos en los portales de Oxchuc, espero construir con él un país más digno.

6 de enero de 1994

UNA SOLA SALIDA: LA DEMOCRACIA

Chiapas es el Perú de México. Con su vecino Yucatán, ambos estados abarcan casi toda la zona histórica de los antiguos mayas. A diferencia del resto del país, en ninguno de esos estados se dio el exitoso proceso de mezcla biológica y cultural entre los indios y españoles llamado "mestizaje", que a través de los siglos atenuó o disolvió las tensiones étnicas. Desde tiempos de la Conquista, los mayas y los españoles levantaron entre sí inmensos muros de recelo que condujeron a las únicas guerras propiamente étnicas que registra la historia mexicana: la rebelión de los tzeltales en Chiapas en 1712 y 1869, y la "Guerra de Castas" en Yucatán entre 1847 y 1850. Fueron guerras de exterminio en que la población indígena se propuso inútilmente revertir la Conquista y acabar con los blancos que los oprimían, humillaban y explotaban.

Con tenues paliativos, esta situación ha llegado hasta nuestros días. Un despotismo peculiar de origen étnico caracteriza hasta el día de hoy el trato de la autoridad en todos los niveles, hasta en las familias. En casi todos los indicadores sociales o económicos, Chiapas está muy por debajo del promedio nacional: de su población total (3.2 millones) el 59 % es campesina y gana menos de 250 dólares al mes; buena parte de ella pertenece a varias culturas indígenas; sólo el 40 % de sus casas tiene agua, el 33 % carece de luz y apenas la mitad cuenta con drenaje.

Con estos antecedentes parecería que estamos frente a una típica sublevación indígena o campesina, como las que ocurrieron durante los tres siglos de dominación española (1521-1821); o, más cercanamente, a una revuelta agraria como la que encabezó el caudillo cuyo nombre ha adoptado la guerrilla: Emiliano Zapata. Dentro y fuera de México sobran las voces que lo consideran así, pero una cosa son los antecedentes históricos de la sublevación y otra su naturaleza. A diferencia de las revueltas campesinas clásicas como la de Zapata —libertarias, circunscritas geográficamente, reactivas a un agravio concreto de índole agraria cuya satisfacción acaba con la violencia—; a

diferencia también de las revueltas indígenas de la Colonia que eran espontáneas, reactivas y autóctonas; ésta es una guerra largamente premeditada, que recoge la experiencia guerrillera de los años setenta en México y de los ochenta en El Salvador y Nicaragua, que no tiene un liderazgo campesino ni indígena y que se propone fines distintos a los de Zapata: aquel caudillo campesino quería la devolución de las tierras usurpadas por las haciendas a los pueblos campesinos y las comunidades indígenas. Nunca quiso, como los comandantes actuales, tomar la capital del país e implantar el socialismo. Esta fe de los comandantes en la vigencia del socialismo recuerda a los movimientos mesiánicos que postergaban la fecha del fin de los días una y otra vez. Así se collocaban en una posición irrefutable. Pero su afirmación es también contradictoria con los supuestos propósitos democráticos que anuncia su proclama inicial: ¿en qué votación ha decidido el pueblo mexicano que quiere ir al socialismo? En este sentido, no es fácil que el Zapata original hubiese simpatizado con los nuevos zapatistas.

En la sublevación de Chiapas hay una clara estratificación. En la base de la pirámide guerrillera están los indios y los campesinos; son una parte de la población pobre de Chiapas, pero una parte nada desdeñable. Aunque luchan por la satisfacción de agravios reales y concretos —desigualdad social y económica, opresión política— los impulsa también un factor religioso: la prédica de miles de "catequistas". Estos soldados de la Teología de la Liberación creen y hacen creer en el uso de la violencia para instaurar las enseñanzas de Jesucristo y lograr la perfecta igualdad en la Tierra. Sobre este tema, vale la pena recordar al filósofo polaco Leszek Kolakowski: "Por más intensa que pueda ser nuestra condena de la avaricia, la explotación, la crueldad —y esta condena, por supuesto, es perfectamente compatible con el mensaje de Cristo—, esta condena no apunta a la idea de una sociedad perfecta o a una fraternidad que pudiese establecerse mediante la violencia".

Los indios ponen el fervor y los muertos, los "catequistas" la prédica, pero en la cúspide de la pirámide, sobre

unos y otros, están los comandantes. Son guerrilleros profesionales, universitarios y urbanos, cuyo perfil es el de la típica guerrilla centroamericana o peruana. Algunos de ellos son seguramente veteranos de esas guerrillas que disponen de los vastos arsenales desplazados en sus países de origen. ¿Cuáles son sus fuentes de financiamiento? Misterio teológico. Se ha hablado del producto de secuestros, de desviación de fondos oficiales y hasta del narcotráfico. Su ideología no es, por supuesto, la Teología de la Liberación. Los comandantes no leen los *Evangelios*. Sólo Dios sabe cuáles son sus evangelios.

Como desafío militar nacional, la guerrilla no prosperará. El país es demasiado amplio, urbano y —hasta cierto punto— desarrollado para un escenario de violencia social generalizada. Con todo, cualquiera que sea el desenlace, la sublevación de Chiapas cambiará el destino de México. La lección es clara: si los mexicanos queremos seguir avanzando hacia la modernidad, debemos inventar con urgencia formas de apoyo social e intercambio económico realmente eficaces con los mexicanos más humildes en varios estados de la República. Pero para que esta lección fructifique en la práctica, se requiere una condición previa: la democracia.

A través de los siglos, México ha sido siempre el lugar de una tensión histórica entre la gravitación del pasado y el llamado del futuro. La mayor parte de México, ha optado ya decididamente por el futuro. Ningún régimen electo democráticamente —ni siquiera Cárdenas, en caso de llegar a triunfar— podrá revertir ya este proceso. En Chiapas, los indígenas rebeldes y los pacíficos hablan desde un pasado remoto pero no desean permanecer en él. Por el contrario, desean lo mismo que el resto de la nación. Chiapas es el último furgón que quiere avanzar más rápido. Si México aprovecha este momento plástico para desencadenar una reforma política tan profunda como la reforma económica, la fuerza moral de la sociedad desarmará a los guerrilleros y los devolverá a donde pertenecen: un salón adjunto al de los dinosaurios del PRI en el museo de la historia. ✧

22 de enero de 1994



Escaparate

Muestrario de opiniones



Al otro día del estallido del conflicto de Chiapas, la prensa nacional comenzó a inundarse de opiniones, pareceres y análisis provenientes de la clase intelectual. Como si hubieran sido expuestos a un precipitado químico, los integrantes de ese grupo demostraron, una vez más, que son ellos quienes transfiguran los puntos de vista y los intereses en una teoría y quienes, para bien o para mal, viven o desean vivir con una intensidad particular el destino del país. Ya Raymond Aron, en El opio de los intelectuales (1955), al examinar el comportamiento de la inteligencia, señalaba que quienes la componen se distinguen por ejercer dos clases de crítica. Una, la crítica moral, que esgrime contra lo que es la idea, vaga pero imperativa, de lo que debiera ser, incluso si se ignoran las consecuencias de ese rechazo y se desconocen los medios de traducirlo en actos. La otra, la crítica ideológica o histórica, que asedia a la sociedad presente y a su circunstancia en nombre de una sociedad por venir y que se complace en trazar el esbozo de un orden radicalmente nuevo y distinto del actual. Cada una de estas críticas, sostiene Aron, cumple su función y tiene su parte de nobleza, pero a la vez está amenazada por una suerte de degradación. Los moralistas porque oscilan entre la resignación de hecho y la intransigencia moral y porque, al condenarlo todo, acaban por aceptarlo todo, y los ideólogos porque suelen otorgar a un movimiento revolucionario cualquiera una indulgencia que no reservan al examen del imperfecto statu quo ni al de la complejidad de la coyuntura presente. Al actuar de esta manera, arguye Aron, los intelectuales revelan su permanente "nostalgia de una conmoción" y olvidan que en las sociedades libres de Occidente, desde hace ya mucho tiempo, la crítica indiscriminada no es más una prueba de valor. Las palabras exactas de Aron son estas: "Al todo criticar, se escapa a la responsabilidad de las consecuencias desagradables que implica cualquier medida concreta y nos sustraemos a la impureza propia de las causas históricas". No es descaminado afirmar que, en gran medida, las opiniones de los intelectuales sobre lo que ocurre en Chiapas han oscilado entre uno y otro de los extremos críticos establecidos por Aron. Publicamos a continuación un muestrario de esas opiniones para que el lector juzgue por sí mismo. Y, también, como una invitación a releer, bajo otra luz —la luz de la serenidad, la luz de la ironía, la luz de la distancia—, lo mucho que hasta ahora se ha escrito. ¿Se supo leer? Más: ¿se supo escribir?

P.T.

¡TODO EL PODER A LOS LITERATOS!

Carlos Fuentes: "lo que sucede en Chiapas es la sucesión, la consecuencia de malos gobiernos locales, lo que es muy lamentable en un estado con gente de primer orden para gobernarlo. Cualquiera de los firmantes de la carta que hoy publica *La Jornada* —Eraclio Zepeda, Juan Bañuelos, Elva Macías, Carlos Jurado, Carlos Olmos y Oscar Oliva— son gente que sabe lo que ese estado y su pueblo necesitan. Intelectuales conscientes de que el problema de Chiapas es histórico. ¿Por qué siempre está la peor gente en los gobiernos; por qué no poner gente que lleve a ese estado al respeto de su diversidad cultural?"

Cobertura de Braulio Peralta y Luis Enrique Ramirez, *La Jornada*, 4 de enero de 1994.

NUESTRO DESTINO CENTROAMERICANO

Cerramos los ojos para suponer que el otro México desapareciera al no verlo. El primero de enero de 1994 despertamos en otro país. El día en que íbamos a celebrar nuestra entrada en el primer mundo retrocedimos un siglo hasta encontrarnos de nuevo con una rebelión como la de Tomóchic. Creímos y quisimos ser norteamericanos y nos salió el paso nuestro destino centroamericano. La sangre derramada clama poner fin a la matanza. No se puede acabar con la violencia de los sublevados si no se acaba con la violencia de los opresores.

José Emilio Pacheco, *La Jornada*, 5 de enero de 1994.

HOY, MAÑANA NO HA LLEGADO

Ojalá este sangriento episodio sirva para mejorar sustancialmente la condición de los indios. ¿Cómo? En primer lugar prohibir el alcohol a los indios, fundar escuelas, clínicas y talleres, siguiendo la sabia política de Don Vasco de Quiroga que nunca dio limosnas sino les enseñó oficios que todavía perduran, aprovechando la destreza de sus manos, devolviéndoles sus tierras y sus bosques que sólo benefician a los talamontes y madereros y como son muy religiosos, solicitar la ayuda de los sacerdotes.

No será fácil ni pronta la tarea, pero debe emprenderse hoy mismo. Mañana será demasiado tarde.

Fernando Benitez, *La Jornada*, 8 de enero de 1994.

REVELACIONES SÚBITAS DEL SENTIMIENTO

¡Qué lejos está Chiapas! Qué apartada, qué sola. Una de las matanzas más brutales de nuestra historia se está cometiendo ahora allá, se comete desde hace siglos y es hasta hoy que nos damos cuenta: Chiapas, Chiapas, Chiapas, no hablamos sino de Chiapas, súbitamente el estado más pobre de nuestra geografía se vuelve el más importante, Ocosingo el municipio más grande del país, y descubrimos que el *chamula* es el indígena más necesitado y que el lacandón está a punto de desaparecer como los árboles talados por ganaderos y madereros. La nana *chamula* de Rosario Castellanos en *Balún Canón*, la que cuida que la piedra no lastime su piceto blanco, se transforma en Rigoberta Menchú con su *quexquemétl* bordado. Rigoberta tiene ahora más niñas a quienes defender, más niños, más ancianos, más mujeres, más chavitos de catorce años a quienes engañan y les dan un palo tallado en forma de rifle. [...]

¡Qué feos días! Mal año este de 1994. Los tiempos se avizoran cruentos. La sangre derramada en la selva lacandona, en los pueblos de Chiapas, está aquí frente a nuestros ojos y nos impregna la conciencia. Lo que nosotros podemos decir aquí en el DF es bien pobre, bien insatisfactorio, y al rato se volverá retórica, inútil como toda retórica.

Elena Poniatowska, *La Jornada*, 9 de enero de 1994.

LAS TRANSFERENCIAS DEL DOCTOR VILORO

Si todas esas personas están equivocadas, si el Frente Zapatista miente, si la sublevación no obedece, en efecto, a causas populares, es al gobierno al que corresponde la prueba. ¿Y dónde están las pruebas? Hasta ahora sólo hemos tenido declaraciones oficiales que deberíamos crear bajo palabra. Aún si hubiera algún miembro del Frente proveniente de la clase media urbana eso no sería prueba de nada. En todas las rebeliones campesinas hubo siempre elementos urbanos, de las clases medias, que se sumaron a ellas, e incluso las dirigieron; los hubo con Villa, los hubo con Zapata... y con Hidalgo. Pero si se habla de "grupos" profesionales, organizados, externos a los pobladores de la región, ¿cuáles son éstos? [...]

La violencia social, la sublevación armada no son vías para solucionar ningún problema. Aún existen otros caminos, en nuestro país, para luchar por la justicia. La violencia no fortalece la democracia ni permite reparar las injusticias sufridas. Todos los que pertenecemos al mundo criollo-mestizo del México que se quiere moderno, lo sabemos. Pero ¿hemos hecho lo suficiente para que también lo sepan los marginados, los indios que ensalzamos en discursos y en la realidad marginamos?

Luis Villoro, *La Jornada*, 9 de enero de 1994.

VOX POPULI

Primer acuerdo de la (difusa y concreta) opinión pública: la vía armada —y esto se ha probado de mil maneras trágicas— no es solución alguna, el culto a la revolución se extingue en todas partes, la violencia sólo engendra violencia, es demential la pretensión de un grupo de mil o dos mil personas de declarar la guerra al Estado mexicano. [...]

—Lo increíble fue el modo en que unos cuantos nos sorprendieron a todos. Y se limitaron a lo elemental. Con una lógica que no es ni será la nuestra, se levantaron y dijeron: "¡Basta!"

—No hay que idealizar tan rápidamente a los alzados. Su lenguaje político es rudimentario, su idea del socialismo corresponde al modo desinformado con que adoptan utopías difusas. Son también crueles, y no se afanan en el respeto a los derechos humanos como lo ha denunciado el obispo Samuel Ruiz, el mismo que sin compartir su perspectiva se ha negado a condenarlos. Idealizarlos, como muchos lo hacen, es nada más favorecer la confusión.

Carlos Monsiváis, *Proceso*, 10 de enero de 1994.

CAUSA EFICIENTE

La versión de lo ocurrido en Chiapas como un levantamiento indígena secular, activado por las condiciones ancestrales de opresión, reconoce la matriz esencial del conflicto, que se condensa, repitámoslo una y otra vez, en el problema número uno y el más difícil de México: la desigualdad social, que excluye del bienestar a la mitad de la población y la mantiene en el agravio de la pobreza con su escuela de iniquidades: ignorancia, violencia, injusticia, segregación étnica, jurídica, civil.

Pero la matriz de la desigualdad no es la causa eficiente de la explosión de Chiapas. Lo habría sido ya, si eso fuera, de muchas otras zonas marginadas e indígenas de México, que presentan mapas de opresión y desigualdades similares o peores. La rebelión chiapaneca tiene, desde luego, componentes de un alzamiento étnico: carácter multitudinario, igualitarismo y fraternidad primitivos, destrucción de símbolos de la autoridad (demolición de palacios municipales, quema de archivos, liberación de presos). Sin embargo, son igualmente ostensibles sus rasgos no espontáneos: organización militar, sentido del impacto internacional de sus acciones y delirio ideológico propiamente urbano, heredad de las izquierdas de ayer y de hoy.

La leyenda de Zapata que bautiza las acciones del Ejército Zapatista de Liberación Nacional, es un eje del panteón popular que la izquierda prefiere, y aparta para sí, en su memoria de la Revolución Mexicana. La llana e increíble intención declarada, por comandantes alzados, de "acabar con el gobierno de la burguesía", "poner fin al capitalismo" e "implantar el socialismo en México", son lemas analfabéticos de la izquierda anterior a la rendición de la URSS y la caída del Muro de Berlín. La denuncia de la "ilegitimidad del gobierno", la necesidad de "restablecer la legalidad" en el país y la protesta contra el TLC como fuente de subordinación y pobreza para México, llevan a sus últimas conse-

cuencias delirantes, motivos que son moneda corriente de la izquierda periodística y partidaria de estos días. [...]

El tiempo dirá. No obstante, puesto todo junto, la explosión de Chiapas parece más el último capítulo de las agotadas guerras centroamericanas que el primero de la futura inestabilidad violenta de México. Su catártica irrupción no niega, sino confirma, el proceso de internacionalización del país: el fin de su insularidad orgullosa, la permeabilidad de todas sus fronteras a los buenos y a los malos vientos del mundo. Y no desmiente, sino refrenda, la urgencia de la modernización ya emprendida, poniendo en primer plano las modernizaciones esenciales del futuro.

Héctor Aguilar Camín, *Proceso*, 10 de enero de 1994.

¡ALTO A LA MASACRE!

EL ZÓCALO PARA CHIAPAS
¡ALTO A LA MASACRE!

Miércoles 12 de enero, 16 horas del Monumento a la Revolución al Zócalo.

Entre los firmantes del desplegado: Adolfo Aguilar Zinser, Cristina Pacheco, Elsa Cross, Elena Poniatowska, Elisa Ramírez, El Fisgón, Emma Cosío Villegas, Eduardo del Río (Rius), José Emilio Pacheco, Jorge G. Castañeda, Juan Bañuelos, Marie Claire Acosta, Margo Glantz, Neus Espresate, Sara Sečhovich, Nancy Cárdenas.

La Jornada, 10 de enero de 1994.

EXTRAÑAS CORTESÍAS

Con una cortesía inexplicable, el Ejército Zapatista de Liberación Nacional no escogió el 2 de octubre de 1993 para la toma de alcaldías de Chiapas. Escogió el Año Nuevo de 1994: la entrada en vigor del Tratado de Libre Comercio. Demasiado tarde para detenerlo, y un costo humano que no se justifica.

Un alzamiento el 2 de octubre tampoco se hubiera justificado, pero la sangre derramada hubiera hecho descarrilar el TLC y el proyecto económico del sexenio. Además de recordar el abuso impune del poder, que rige todavía en México, hubiese resultado mortal para la ratificación del Tratado, para el nuevo peso y para toda la estrategia que depende de la importación de capitales. El vigésimo quinto aniversario, por sí mismo, revivió el "2 de Octubre no se olvida". En ese aniversario, estaba en su apogeo la campaña de Ross Perot contra el TLC, que detuvo la entrada de capitales y acabó propiciando la fuga. Poco antes de la ratificación, la pérdida de divisas llegó a miles de millones de dólares en un solo día y obligó a una devaluación abrupta de más de 4 por ciento, equivalente al deslizamiento de todo el año en un solo día. Un alzamiento el 2 de octubre, además de fuerza simbólica, hubiese tenido una eficacia táctica demoleedora, descalificando la modernización de México, acelerando la fuga de capitales y apoyando las fuerzas contra el TLC, en el mundo político,

empresarial, sindical, eclesiástico, intelectual, de Estados Unidos y de México.

Con una cortesía inexplicable, el Ejército Mexicano se cruzó de brazos el día del alzamiento. Fue un espectáculo extraordinario. El mismo ejército que sabía de los campamentos guerrilleros, que había hecho incursiones y hasta bombardeos, que traía entre ojos a Las Margaritas y Ocosingo, que quizá había infiltrado el movimiento, no desarticuló la ofensiva antes de que se produjera, ni intervino cuando se produjo. Fueron más bien civiles armados con varillas de construcción los que arrestaron en Oxchuc a los guerrilleros descuidados. En San Cristóbal de las Casas, Ocosingo, Altamirano, Chanal, Las Margaritas, los guerrilleros tomaron las poblaciones sin mayor interferencia que la de algunos policías, rápidamente desarmados o muertos.

También inexplicablemente fue la cortesía de la televisión mexicana con la rebelión. Un medio tan disciplinado y obsecuente con la verdad oficial, que más parece boletín que informar, un medio renuente a darle voz a la oposición civil, le dio el micrófono y la pantalla a la oposición armada, de manera asombrosa. Cuando se piensa en las extraordinarias dificultades que tiene que superar cualquier guerrilla para dar a conocer sus proclamas, y aun su mera existencia; cuando se piensa en la importancia militar de las operaciones de búsqueda y destrucción de radiodifusoras rebeldes; resulta inexplicable que la televisión mexicana le haya dado a la guerrilla cancha completa para proclamar su existencia, su triunfo y sus pretensiones *urbi et orbi*.

La última cortesía inexplicable fue de la guerrilla. Después del triunfo resonante del primero de enero, el "objetivo primordial" que era "dar a conocer al pueblo de México y al resto del mundo las condiciones miserables en que viven y mueren millones de mexicanos" estaba cumplido, y con pocos muertos. Le convenía despedirse (agradeciendo la gentileza del ejército y la televisión) a preparar nuevos campanazos (de preferencia, después de las elecciones); no quedarse a tomar posiciones vulnerables, imposibles de tomar o sostener. Pero, al salir de San Cristóbal (no antes de entrar, curiosamente), atacó el cuartel de la zona militar, que había estado cruzado de brazos. Y en los siguientes días volvió a atacarlo repetidamente. ¿Para qué? ¿Para qué se hizo fuerte en Chanal y en otras posiciones que tenía que abandonar? No es a la primera de cambios cuando se puede pasar de la guerra de movimientos a la guerra de posiciones, y menos aún anunciar la ofensiva final sobre la capital.

Gabriel Zaid, *Reforma*, 12 enero 1994.

CHIAPAS HOY

Chiapas es en parte como antes pero también es muy diferente. Sacar a Chiapas del tiempo sirve para moralizar, pero ya no para describir. Para entender tenemos que esforzarnos por reconocer cambios y transformaciones, tendencias y contradicciones, en fin, las regiones como son ahora. Lo que está pasando en esa parte de Chiapas no

puede explicarse por la lectura de la *Guerra del fin del mundo*, espléndida novela de Vargas Llosa que sucede, y vale recordarlo, en Brasil y en el siglo pasado. [...]

Desde entonces [años 50] se inician nuevos procesos organizativos, sin precedente en la historia de Chiapas. Sucede una fractura religiosa. En las regiones de Los Altos, la Selva y la Frontera se estima que los cristianos protestantes representan ahora una proporción cercana a la mitad de la población total, ciertamente superior a la tercera parte. La fractura religiosa se vincula con conflictos intercomunales, generacionales y con procesos migratorios de Los Altos a la selva y la frontera. [...]

Entre 1985 y ahora, cerca de 40 mil familias campesinas reciben tierra y se establecen más de 400 nuevos ejidos. Hoy, 54 por ciento de la superficie total de Chiapas es ejidal o comunal. Parte importante del reparto agrario y los nuevos asentamientos ejidales se ubica en la zona hoy sometida al levantamiento armado. La estructura agraria en Chiapas hoy en día no se parece a la ancestral, es novedosa y aún no se asienta plenamente. Hay rezago en el ordenamiento de la nueva estructura y quedan problemas precisos por resolver. [...]

La lucha armada no es ni ha sido un planteamiento aceptado por la mayoría abrumadora de las organizaciones campesinas del estado de Chiapas. Su radicalismo se expresa en demandas concretas que responden a las necesidades y reclamos de la población local, de los productores y trabajadores rurales de la región. [...]

Las instituciones públicas incrementaron su presencia de manera paulatina. Se abrieron nuevos caminos aunque fueron insuficientes. Lo mismo sucedió con las clínicas, la electrificación, las tiendas Conasupo. No fue un proceso triunfal ni perfecto pero las instituciones avanzaron, sin alcanzar a otras regiones ni a las aspiraciones y demandas de los pobladores. En los últimos cinco años se hizo un esfuerzo en verdad extraordinario mediante el Programa Nacional de Solidaridad. Lo fue por su magnitud que permitió plantear metas sin precedentes, pero más lo fue por su propósito de hacer participar directamente a la gente y a sus organizaciones en las decisiones y en el manejo de los recursos públicos. Nada fue fácil pero se lograron avances importantes que pueden ser definitivos si persistimos para consolidarlos y extenderlos.

Pese al enorme crecimiento de la inversión pública, está sigue siendo insuficiente y lo será por mucho tiempo. [...]

Circunstancias recientes, fenómenos temporales, tuvieron un impacto negativo sobre el ingreso campesino y, más aún, sobre sus proyectos para un incremento gradual y sostenido del bienestar. El café para la exportación es el producto más importante de las zonas bajas de la región. Los campesinos más pobres obtienen casi todo su ingreso monetario de la venta de ese grano y de su fuerza de trabajo como peones en la región o en las vecinas. [...]

En 1991 el sistema internacional de cuotas para la exportación de café se rompió por una oferta excesiva y diferencias entre los exportadores. El precio internacional se derrumbó a niveles históricos sin precedentes: la mitad o hasta la tercera parte del precio que tenía un par de años atrás. [...]

Sesenta mil campesinos chiapanecos resintieron pro-

fundamente esta crisis: algunos abandonaron el cultivo del café. [...]

El precio de la carne también se abatió en el mundo y en el mercado interno. La ganadería es la segunda actividad comercial de la región después del café. [...]

La tala legal o clandestina del bosque era otra actividad importante en la región. [...] No era posible continuar sin grave riesgo de destrucción total. Se estableció la veda absoluta y total a la actividad maderera. La inversión para un futuro se pagó como mera en los ingresos actuales. Hasta donde conozco, no había otra opción.

En ese contexto complejo y contradictorio de persistencia de rezagos ancestrales, de nuevos procesos y erosión de cacicazgos, de emergencia de nuevos actores sociales y de una nueva trama con mayor presencia pública y nuevas formas de relación, entre otros muchos factores adicionales, en las primeras horas de este año hizo su aparición un movimiento armado, el autodenominado Ejército Zapatista de Liberación Nacional. [...]

La región fue escogida desde fuera en términos de un proyecto estratégico. Su aislamiento y condición fronteriza se explican mejor como componentes de esta planeación estratégica, externa, que como causas de una rebelión y movilización locales. La pobreza de la gente fue una consideración, un pretexto, una justificación, no es la raíz del movimiento. El rezago y la pobreza fueron utilizados para reclutar avivando rencores, reactivando diferencias y ofreciendo vagas promesas de mejora. No hay que descartar la oferta de protagonismo, de ser alguien importante, de gloria y muerte heroica en un contexto de restricciones y penuria. No me parece el movimiento de los pobres sino la manipulación de la pobreza, del aislamiento, de la dificultad. Se puede usar la pobreza sin representarla, sin combatirla; creo que así ha sucedido.

No es un movimiento indígena, es un proyecto político-militar implantado entre los indios pero sin representarlos. Lo haría con sus reclamos, con sus propuestas, con sus aspiraciones. No los encuentro en los planteamientos del movimiento armado.

Hay muchos indios, supongo que la mayoría entre los "soldados" del que se llama Ejército Zapatista de Liberación Nacional, que tienen agravios que pudieran explicar su decisión; pero muchos, muchísimos más, están al margen o en contra del alzamiento militar. También son agraviados que pueden explicar su abstención u oposición. No debemos confundir: no es la voz de los indios, simplemente algunos de ellos están presentes como todas las expresiones de la vida nacional. La pobreza, la exclusión y discriminación fueron un caldo de cultivo para el reclutamiento, pero no son la causa directa de la aparición de un movimiento político-militar que propone la guerra total y prolongada.

Arturo Warman, *La Jornada*, 16 de enero de 1994.

OFICIO DE TINIEBLAS

La foto ha dado la vuelta al mundo. Fue tomada en algún lugar del estado mexicano de Chiapas. El hombre retratado

yace sobre uno de sus costados y lo adhiere al suelo un charco de sangre. Cerca del brazo extendido, un rifle de utilería, una talla en madera, un arma falsa que hace hablar a un muerto real. O, cuando menos, que le plantea a quien mira la imagen un largo cuestionario

En primer término, la lógica de la sospecha en que hemos sido entrenados los mexicanos por el gobierno mismo y por un periodismo que ha hecho de ella su ley de gravitación universal, nos mueve a preguntar si el caído llevaba el juguete en propia mano antes de morir, o si alguna ajena mano piadosa lo depositó ahí para la foto. Y, si hubo tal mano, ¿de quién fue y con qué propósito? Y es que la gráfica es tan desmesuradamente increíble —Goebbels la hubiera hecho hacer— que hace olvidar otras: las de quienes llevaban rifles de verdad, ametralladoras de verdad, *walkie talkie*, pasamontañas, uniforme y botas pero no pantalón de manta, camisa a cuadros y calzado? impropio.

Parecería que, entre las filas de los alzados, hay cuando menos dos clases: la de los realmente armados, per trechados, entrenados y vivos, y la de los desarmados, ingenuos o manipulados, desesperados u obligados y muertos. Comparamos, en la vorágine del momento, al campesino muerto-juguete-en-mano, con el soldado-equipado-hasta-los-dientes, pero no con el insurrecto tan bien dotado de instrumentos de muerte como el militar. Las fotos, una vez más, valen por millones de palabras. Declarar la amnistía es un gesto inteligente, generoso y que favorece la reconciliación, pero se antoja injusto tratar igual a quien empuñó una ametralladora de veras, que a quien llevaba en la mano un inofensivo trozo de madera. Ninguna amnistía producirá la resurrección de carne alguna.

Hay una antifona posible más para este segundo *oficio de tinieblas*. La estadística comicial de 1988 muestra que los distritos electorales federales de Ocosingo, Palenque y Comitán fueron los número dos, tres y cuatro en orden nacional descendente de votos favorables al Lic. Carlos Salinas de Gortari (el primer lugar nacional lo tuvo Sabinas, Hgo.). Los tres están en la zona de la revuelta. ¿Es pensable que en donde más se votó por el PRI se produzca el alzamiento en contra del PRI y se llegue al extremo de exigir que deje el poder aquél por quien se supone que se votó masivamente hace casi seis años? Si es pensable, en dos hipótesis: si los votos no existieron y son tal falsos como el fusil de la foto, o si la decepción resultó tan brutal como probablemente lo fue la del campesino ultimado por balas de verdad.

De los votos falsos a los fusiles falsos, los pobres mueren. De hambre o de disparos que matan de verdad.

Carlos Castillo Peraza, *ABC de España*, 18 de enero de 1994.

IRRITANTE MANUEL CAMACHO

El pleito doméstico real o montado entre ambas figuras del priísmo [Camacho y Colosio] no debiera conducir al debilitamiento de las posibilidades de negociación. Si Camacho irrita a alguien, sería mejor que se le retirara la confianza, antes que poner en riesgo la necesaria pacifica-

ción de Chiapas. Las vidas humanas, la paz de la región, las posibilidades de la convivencia nacional no debieran sufrir por las riñas priistas. Sería candoroso transferir tanto poder como el que Camacho necesita para su función y esperar que eso no genere consecuencias aleatorias, dado el papel que en el proceso de sucesión priista desempeñó el ex regente. Si se le escogió para esta misión por sus cualidades de negociador, debió entenderse que van acompañadas de sus defectos de protagonista. No tenerlo presente recuerda el verso de Sor Juana sobre el "denuedo" y el "parecer loco", del "niño que pone el coco y luego le tiene miedo".

Miguel Ángel Granados Chapa, *Reforma*, 21 de enero de 1994.

EL TEÓLOGO DE LA SANGRE

Sólo en dos casos es justa y legítima la guerra de un pueblo: cuando defiende el suelo patrio invadido por un ejército extranjero, y cuando aspira a liberarse del tirano que lo oprime. La lucha del EZLN es justa y legítima: combate la dictadura del PRI. Y los cristianos de México deben solidarizarse ampliamente con los indios de su país. [...]

Paz —dijo Cardenal— quiere dejar la realidad tal como está. [...]

No toda lucha armada es ilegítima, ilegal o inmoral. En ciertos casos está teológicamente justificada. Si se califica de ilegítima la lucha armada del pueblo que se defiende, es igualmente ilegítima la del Ejército que lo reprime. Si se quiere abolir el uso de las armas por parte del pueblo, debe exigirse también el desarme del Ejército.

Ernesto Cardenal entrevistado por Gerardo Ochoa Sandy, *Proceso*, 24 de enero de 1994.

CHIAPAS Y EL CRECIMIENTO DE POBLACIÓN

En un artículo publicado ayer en *La Jornada*, Octavio Paz apuntaba: "Los hechos sociales son complejos. La función del intelectual consiste en esclarecerlos y descifrarlos, hasta donde sea posible. Sólo después del análisis se puede, y aun se debe, tomar partido. Pero muchos de nuestros intelectuales han escogido lo más fácil: juzgar sin oír".

Uno de los factores que, según menciona el propio Paz, ha tenido una influencia fundamental en el empobrecimiento de Chiapas es la tasa de crecimiento de la población de ese estado.

Efectivamente Chiapas, remediando una situación que ha afectado con anterioridad a muchas otras sociedades del mundo, está atravesando por un momento de transición desde el punto de vista demográfico. Es un punto en el cual la disminución de la tasa de mortalidad por la introducción de nuevas técnicas de sanidad y tratamiento médico no se han visto reflejadas todavía en una disminución en el uso de nacimientos, con lo cual se incrementa el crecimiento de la población y, en consecuencia, la pobreza.

Si a lo anterior añadimos la afluencia a lo largo de los años ochenta de un gran número de campesinos guatemaltecos al estado, muchos de los cuales han logrado mezclarse en sus hermanas comunidades indígenas chiapanecas (recordemos que la frontera entre Guatemala y México es un invento del hombre blanco), nos encontramos en Chiapas con una de las tasas de crecimiento de población más elevada del país.

Según las cifras de los censos nacionales de población, la población mexicana pasó de 66 millones 846 mil 833 a 81 millones 249 mil 645 personas entre 1980 y 1990. Esto representa un aumento promedio de 2.15 al año.

La población de Chiapas, mientras tanto, pasó en el mismo período de 2 millones 84 mil 717 a 3 millones 210 mil 496 personas, o sea 5.4 por ciento al año en promedio. La tasa de crecimiento demográfico, en Chiapas, en otras palabras, más que duplica en el período 1980-1990 el promedio nacional. [...]

A la marginación tradicional de las poblaciones indígenas y al caciquismo, hay que añadir el reciente desplome de los precios internacionales del café y la fragmentación e inseguridad de la tenencia de la tierra. Chiapas es la segunda entidad de la federación en número de ejidos y comunidades agrarias, con dos mil 72 en total, y es también el estado con mayor número de invasiones de propiedades agrícolas privadas. [...]

Chiapas se ha convertido en una especie de festejo de ideólogos de todo tipo que prefieren tomar partido con base en interpretaciones simplistas e ideológicas de la realidad antes que estudiar la complejidad del problema.

¿Para qué tomarse la molestia de pensar y analizar los problemas demográficos, la fragmentación de la tierra, el caciquismo tradicional, el expolio de recursos de Chiapas para producir electricidad para el resto del país, si todos los problemas de Chiapas pueden atribuirse simplemente al "neoliberalismo"?

Sergio Sarmiento, *El Financiero*, 24 de enero de 1994.

NUESTRAS QUERIDAS CERTEZAS

A Octavio Paz le asiste razón en muchas de las cosas que dice en su último díptico sobre Chiapas (*La Jornada*, 23 y 24 de enero), pero sus hallazgos, por agudos y brillantes que sean, no poseen más que la astucia y la sagacidad de un periodista: carecen de la generosidad de un poeta. Empeñado en demoler sistemáticamente nuestras certezas, Paz se ha convertido, para decirlo con Cioran, en un "pedante del vandalismo".

Jaime Avilés, *El Financiero*, 27 de enero de 1994.

HACIA LA VIOLENCIA

La amnistía, para convertirse en una realidad y no ser sólo una ley aprobada por el Legislativo, exige a los guerrilleros entregar las armas y cesar las hostilidades. Esta exigencia indigna a muchos de los que desde la ciudad de México

apoyan al EZLN, por ser una condición equivalente a una rendición. Y de hecho lo es. No puede ser de otra manera.

Quizás no sea el momento de acudir a los teóricos del Estado ni a citas de ningún libro ni de ningún escritor, por importantes que sean. Sin embargo, tenemos la obligación de recurrir a quienes han establecido verdades difíciles de rebatir por confirmarse día tras día, sin que nada los sustituya o rebese.

El Estado, dice Max Weber, es el monopolio de la violencia legítima en un territorio determinado. Desde el momento que pierde este monopolio, la mismísima naturaleza del Estado se pone en duda. Un Estado envuelto en una guerra civil no es propiamente tal si acepta la legitimidad de una rebelión armada; reconocería al admitir la legitimidad de la rebelión su propia ilegitimidad y, en buena lógica, debería disolverse para que el rival construyera un nuevo Estado.

En varios países europeos se hallan grupos armados con los cuales los gobiernos buscan una negociación para poner fin al conflicto que los opone, pero en ningún caso aceptan reconocerlos como grupos beligerantes. ETA e IRA, GRAPOS y Frentes Rojos no tienen ninguna aceptación legal y, cuando son capturados, sus miembros son presentados ante tribunales civiles y no ante militares, como debería hacerse de reconocerse un estatus beligerante. Deponer las armas y cesar los ataques son, pues, el principio de todas las negociaciones intentadas y, fuerza es decirlo, fracasadas.

Francia y Alemania e Italia hace unos cuantos años pudieron soportar y derrotar las olas terroristas gracias a la fuerza de las instituciones y al terreno democrático donde se asientan. No es nuestro caso. La fragilidad de los intentos democráticos del sistema político mexicano y la frecuente incapacidad administrativa de las instituciones no van a conducir, a través de la crisis chiapaneca, hacia un aumento de las formas democráticas de gobierno. Lo que apunta en el horizonte es un refuerzo del control autoritario. Todo el mundo pide a gritos la negociación y rechaza el uso de las armas, sin que nadie diga de manera clara e inequívoca qué se desea. El gobierno propuso la amnistía; el EZLN contestó a través del llamado Subcomandante Marcos con una carta de humor menos que dudoso donde la rechazaba.

Se cree hoy en una victoria de la izquierda mexicana en el campo de la opinión pública, ante el silencio de quienes no encuentran cómo expresarse. Esa victoria que hoy se festeja no es tal. De seguir el empañamiento surgirá de nuevo cuenta el terrorismo urbano, con todo lo que de violencia ciega supone, de contraviolencia y represión. La mesa está puesta, sólo falta servir.

Rafael Segovia, *El Financiero*, 27 de enero de 1994.

LA RESPONSABILIDAD DEMOCRÁTICA

La emergencia del EZLN como nuevo actor político, que no aparece como partido pero que está dispuesto a respetar las luchas electorales de los partidos, es sólo como un llamado indirecto a que el gobierno y los partidos hagan

del sistema político un instrumento legal de lucha efectiva en que libertad, justicia y democracia no sean sólo una realidad verbal.

Pablo González Casanova, *La Jornada*, 28 de enero de 1994.

EL SÍNDROME DE ESTOCOLMO

¿Sabe usted qué es el síndrome de Estocolmo? Es esa trasmutación psicológica por la cual un rehén empieza a identificarse con los motivos de su secuestrador, pasa luego a justificar su propio secuestro y termina amando morbosamente a quien lo apresó. Los líderes del EZLN, secuestradores que son (lo de Absalón Castellanos es un secuestro como quiera que se vea, como también lo son las levas forzadas de jóvenes indígenas), alegan que no han secuestrado a la sociedad mexicana. Por supuesto que no lo han hecho, si bien no por falta de ganas. Pero si han secuestrado ya, virtualmente, a un conspicuo sector de la *intelligentsia* mexicana, en la medida en que este sector ha exhibido frente a los encapuchados síntomas del síndrome de Estocolmo.

Lo demuestra la entrega acritica a los actos y dichos de los líderes del EZLN, complementada por un manejo de imágenes que los muestra héroes bañados de una luz celestial, casi mártires palingénicos, clones de Cristo con pasamontañas. El acriticismo se evidencia en la doble moralidad —o si se prefiere, doble inmoralidad— aplicada al conflicto. Si los guerrilleros matan, es un acto de santidad, y su valor se sobrepone al de la vida de la víctima. En cambio, si un soldado de nuestro ejército mata en combate, eso es un vil asesinato. El mecanismo de esa doble moral se puso plenamente de manifiesto en el caso de los fusiles de madera: los soldados que dieron muerte a quienes los portaban eran condenables, pero no los líderes zapatistas que los mandaron indefensos al combate. Si un guerrillero es encarcelado es cosa de agitar a las ONG hipócritas defensoras de los derechos humanos, pero si Absalón Castellanos es secuestrado, condenado sumariamente a prisión perpetua y luego *perdonado* por un *tribunal del pueblo*, eso es legítimo, está bien y es conforme a un derecho superior. Si de tal manera se avanza una tesis por la cual todos los mexicanos podemos vernos en determinado momento sometidos a la justicia de esos tribunales populares, nuestra *intelligentsia* no dirá nada en contra. Al contrario, estará de acuerdo. Lo dicho, el síndrome de Estocolmo.

Jorge Hernández Campos, "Página uno" 643, *Unomásuno*, 30 de enero de 1994.

SPINOZA, EL GUERRILLERO

Chiapas ha abierto cauces insólitos en la vida política mexicana. Se han despejado espacios que permanecieron cerrados por años; se han destrabado negociaciones que no avanzaban. Cerrar los ojos ante los logros de los zapatistas, y ante la deuda que el país tiene con ellos, carece de sentido; hacer caso omiso de la contradicción entre medios y

finés tampoco conviene. Lo esencial, sin embargo, está en otra parte: no en llorar (como los defensores del régimen) ni en reír (como suelen hacerlo desde el 1° de enero sus adversarios), sino en entender, como decía Spinoza, un aspirante a comandante guerrillero, judío y errante, que nunca llegó a Chiapas.

Jorge G. Castañeda, *Proceso*, 31 de enero de 1994.

NEXOS: LAS ARMAS DE LOS INTELECTUALES

Los acontecimientos de Chiapas han puesto a la sociedad mexicana frente a dilemas de no fácil elección. Uno, esencial, se refiere al rechazo o la aceptación de la violencia como vía legítima de reclamo político y protesta social. El clamor por la paz y la negociación en Chiapas ha sido unánime. El rechazo a la violencia como vía de acción política, no. Las acciones violentas del Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN) han encontrado eco, simpatía y aun justificación en muchos intelectuales, políticos y periodistas.

No es nuestro caso. Rechazamos la violencia como forma de acción pública, venga de donde venga: de la sociedad o del gobierno. Durante muchos años, hemos rechazado la violencia como recurso del gobierno para enfrentar problemas políticos y sociales. Rechazamos hoy los medios violentos elegidos por el EZLN para presentar sus agravios. Rechazamos también los excesos, los atentados contra derechos humanos y contra la población civil en que haya incurrido el ejército durante su campaña en Chiapas. Reconocemos en la injusticia, en la opresión social, en el caciquismo y la discriminación, particularmente en las zonas indígenas, el origen del estallido chiapaneco. Pero censuramos la organización de un alzamiento como vía de solución a esos problemas. "Podrán cuestionar el camino, nunca las causas", dijo el comandante Marcos, el primer día de la insurrección. En efecto, rechazamos el camino que eligieron, aunque reconozcamos las causas. Las hemos reconocido antes de la erupción de fin de año, antes incluso de que el EZLN empezara, diez años atrás, a preparar su camino.

Desde nuestro inicio como revista, hace dieciséis años, *Nexos* ha puesto en el centro de sus preocupaciones los problemas de la desigualdad y la pobreza. Individualmente y en grupo, como académicos, como escritores, como periodistas, como intelectuales, en nuestros libros y escritos, en las páginas de nuestra revista y en nuestras emisiones televisivas, la cuestión social ha sido una presencia permanente. Entre nuestros fundadores y colaboradores, se cuentan algunos de los más intensos y comprometidos estudiosos del mundo indígena.

En un comunicado reciente, al preguntarse quién podía pedir y quién podía otorgar perdón en la sacudida de Chiapas, el comandante Marcos incluyó una mención a *Nexos* que deseamos comentar. Escribió:

¿Quién tiene que pedir perdón y quién puede otorgarlo? ¿El presidente de la república? ¿Los secretarios de estado? ¿Los senadores? ¿Los diputados? ¿Los gobernadores? ¿Los presidentes municipales? ¿Los policías? ¿El ejército Federal?

¿Los grandes señores de la banca, la industria, el comercio y la tierra? ¿Los partidos políticos? ¿Los intelectuales? ¿Galio y Nexos? ¿Los medios de comunicación? ¿Los estudiantes? ¿Los maestros? ¿Los colonos? ¿Los obreros? ¿Los campesinos? ¿Los indígenas? ¿Los muertos de muerte inútil? ¿Quién tiene que pedir perdón y quién puede otorgarlo?

Nexos no pide ni pretende otorgar perdones a nadie. Nuestros instrumentos elegidos son la reflexión crítica, el análisis público y la creación intelectual, de cara a la sociedad, en representación de nosotros mismos, con nuestras propias palabras y con nuestros nombres propios, a la vista de todos. No tenemos ni queremos otros recursos.

No nos sentimos responsables de la miseria ancestral del país, ni pedimos perdón por ella, pero no hemos dejado en ningún momento de poner ese problema en el centro de nuestra mirada. No basta, y acaso es insignificante como aporte. Pero tampoco han bastado, a lo largo de los siglos, los esfuerzos de tantos redentores, instituciones, organizadores, activistas y otros intermediarios de la tragedia indígena. No han bastado las rebeliones ni los muertos, ni la palabra de Dios, ni la consigna del degüello.

Lo único que ha sacado a los pobres de la pobreza y a los indígenas de la opresión, ha sido el desarrollo, el acceso a los circuitos de la educación, la salud, el empleo, la alimentación, la propiedad, la autosuficiencia. La opresión de la pobreza y su secuela de injusticias forman, si, el problema número uno, el más difícil de México. Pero el camino hacia su solución no ha sido ni puede ser la violencia, que no distingue entre muertes útiles o inútiles, y tiende a confundir la justicia con el ajusticiamiento.

Chiapas nos recuerda las deudas nacionales sin cuyo pago nuestra paz no puede ser fecunda e incluso puede dejar de ser paz: la deuda de la democracia y la deuda de la desigualdad. Necesitamos transparentar de una vez por todas nuestra vida democrática y emprender de una vez por todas la cruzada nacional contra la opresión y la violencia social, que son partes constitutivas de la pobreza.

Creemos que hay en México espacios para la transformación democrática y pacífica de la realidad. Nos parece que, antes del estallido de Chiapas, esos espacios tendían a abrirse, no a cerrarse. Creemos que la violencia, venga de donde venga, debe ser rechazada como vía de solución de problemas. El siglo XX es un gigantesco cementerio que demuestra, entre otras cosas, la esterilidad paralizante de la violencia y la fecundidad transformadora de la paz. Decimos no a la violencia, venga de donde venga, y persistimos en nuestros esfuerzos, por modestos que sean, para hacer justa la paz.

Editorial de *Nexos*, 1º de febrero de 1994.

MEJOR DESINTEGREMOS LA REPÚBLICA

Guadalajara. La sociedad mexicana debe examinar la conveniencia de reconocer a los pueblos indios su derecho de administrar sus territorios con una autonomía jurídica y política propia, dentro de la soberanía nacional, se planteó hoy aquí en las dos primeras mesas del coloquio *Chiapas: los retos de la nación*.

Intelectuales, académicos, políticos, representantes indígenas, sacerdotes y obispos señalaron que sólo de esta forma se garantizará que estos pueblos sean auténticos protagonistas de su vida comunitaria.

Además, plantearon que es preciso asegurar la participación indígena en los órganos de representación del poder público, respetando sus formas históricas de organización y sin que se tenga que acudir a esquemas partidistas tradicionales. [...]

Como integrante de la primera mesa, Eraclio Zepeda, miembro de la Comisión de Paz nombrada por el presidente Carlos Salinas de Gortari, dijo que "conceder la autonomía en las zonas indígenas del país es central para resolver el conflicto en Chiapas, aunque espante a políticos y partidos".

Rubén Martín, corresponsal y José Antonio Román, enviado, *La Jornada*, 4 de febrero de 1994.

ENTRE LA CRUZ Y LA ESPADA

Si la ideología del EZLN ha sido expuesta en lo fundamental en el *Despertador Mexicano* y en las cartas del subcomandante Marcos, las ideas de la diócesis de San Cristóbal de las Casas, en cambio, han sido omitidas. A modo de referencia lejana, se menciona solamente la obra pastoral del obispo Samuel Ruiz y sus religiosos, pero no el contenido de sus prédicas, tal vez porque éstas demuestran que los juicios de los jefes en armas y la pastoral del predicador coinciden en una misma conciencia de la situación, así como en su rechazo pesimista a las soluciones del gobierno.

La respuesta armada y la aflicción ante el destino obran como partes complementarias de una misma voluntad de transformar las condiciones del campesino en Chiapas según podemos corroborarlo, en principio, mediante la Carta Pastoral de don Samuel Ruiz del pasado 6 de agosto, fecha de la Fiesta de la Transfiguración del Señor. [...]

El obispo Ruiz expone, en un breve trazo histórico, la situación actual de Chiapas: conquista, independencia y revolución mexicana para describir las consecuencias del "proyecto modernizador neoliberal", del que afirma lo que sigue:

"...El gobierno del presidente Salinas profundizó y perfeccionó medidas modernizadoras y de reforma estructural del aparato económico del estado, manteniendo bajo control las concesiones que son más estrictamente de carácter político y buscando una nueva articulación de la economía mexicana al sistema mundial, contando con el Tratado de Libre Comercio (TLC) con Estados Unidos y Canadá, como su piedra de toque. El manejo de la problemática social frente al crecimiento de las áreas de pobreza extrema, se realiza haciendo uso discrecional de los fondos de contingencia (fruto del adelgazamiento del sector público), por medio del Pronasol, brazo activo del llamado liberalismo social.

"Desde esta perspectiva, ahora estamos viviendo lo que podríamos llamar 'la segunda modernización del campo en Chiapas'. Esta se da también en el contexto de

la caída crónica de los precios del café a nivel internacional, y precisamente cuando la intensidad y extensión de los conflictos agrarios iba en ascenso, de acuerdo con los criterios de la legislación agraria anterior (Chiapas representa 27% del rezago agrario nacional). La punta de lanza de este movimiento modernizador en materia agraria, la constituyen las reformas al artículo 27 constitucional y la nueva ley agraria. El objeto que se persigue es típicamente "moderno", es decir: quitar trabas para que la tierra se convierta en mercancía y, de esta suerte, facilitar la participación de inversionistas privados en su compra o en empresas conjuntas de inversión de capital." [...]

La conclusión es reveladora:

"En este amplio panorama de asimetrías y desigualdades, no es de extrañar que las últimas décadas de nuestra diócesis se hayan visto permeadas por un vasto índice de conflictividad. En las zonas indígenas, los grupos más vulnerables en este entramado estructural han ido edificando sus propias organizaciones y métodos de lucha, para reclamar derechos por la tierra y por mejores condiciones de vida. Este camino no ha sido nada fácil, más bien ha estado marcado por respuestas violentas de parte de los beneficiados con el *statu quo*. Sin embargo, las dificultades mismas han obligado a los pueblos indios a movilizarse frente al hambre, a la explotación y a la represión, con diferentes formas de presencia: Marchas, plantones, manifestaciones, huelgas de hambre, etc." [...]

Si los padecimientos de los indios son comprobables y aun logran elevarse a parte esencial de la Carta Pastoral, entonces el obispo prefirió la vía política a la prédica para explicar la renovación evangélica, a partir de la sentencia ancestral que asegura que "la verdad, por sí misma, es revolucionaria". [...]

La fecha de la Carta Pastoral, agosto de 1993, es tardía respecto de lo que ahora se sabe por los comandantes del EZLN; es decir, que desde 1983 —hace diez años— prepararon la insurrección armada adiestrando a niños y jóvenes. La suerte de la acción pastoral estaba sellada desde entonces y pudo ser, precisamente ante esa organización en un extremo y el gobierno nacional en otro, que la prédica de la solución jurídica y política pudo llevarse a cabo desde hace una década.

Ocurrió, no obstante, lo inevitable: eclesialmente, la prédica; e, ideológicamente, el levantamiento armado. Como siempre sucede, una vez que estalla la injusticia con su secuela de barbarie, surgen las palabras y el cúmulo de coincidencias. Así, el propio obispo Samuel Ruiz, con los dos obispos de Tuxtla y Tapachula, el 1º de enero de este año, a unas horas del levantamiento, escribió en el mensaje: "Todos debemos estar dispuestos a poner nuestro empeño para no dejarnos llevar en estos momentos por la tentación de la desesperación y la venganza, sino ser capaces de encauzar nuestros comportamientos hacia el perdón y la reconciliación (Mens. p.7)."

Sus propias palabras desentrañan el tránsito de la misión evangélica a la lucha armada, como también se desprende del escrito "Religiosos en la Diócesis de San Cristóbal", difundido allí mismo en meses pasados, y que dice, en ciertos párrafos:

"...Este grupo llegó a comprender que la única manera de vivir el ideal cristiano en nuestro Continente —adviértase que no es únicamente Chiapas— es en la inserción y en la solidaridad con las luchas de los pobres por lograr un cambio de estructuras sociales, económicas y políticas.

"También llegó a descubrir que el Reino de Dios requiere para su realización histórica la construcción de un nuevo modelo de sociedad que garantice la justicia y la fraternidad. Asimismo comprendió que no se puede hacer ninguna labor evangelizadora sin que esté orientada hacia ese objetivo, que es la liberación del pueblo.

"La tarea prioritaria de este grupo es apoyar la construcción de la Iglesia de los Pobres pasando por las mediaciones históricas necesarias."

Y más adelante, los pasos de la elección ideológica ante el deber sacerdotal:

"El compromiso con el proceso popular puede llegar a una encrucijada para un grupo como éste que ha optado por la causa libertaria del pueblo.

"El grupo puede plantearse: abandonar el trabajo pastoral para integrarse de lleno a la organización popular o seguir trabajando entre el sector cristiano apoyando la organización popular desde su especificidad cristiana. Al hacer esto último se asume la tarea de consolidar la iglesia popular, que son los cristianos organizados como tales que buscan junto con otros sectores de la sociedad (campesinos, obreros, maestros, estudiantes), el cambio del sistema social". [...]

Y finalmente el milenarismo, teñido de una suerte de teología de la violencia:

"Alimentar la vida cristiana con la experiencia de lucha del pueblo y analizar sus luchas desde la perspectiva del Reino". [...]

Esta situación tiene, a su vez, dos vertientes: la del gobierno al elegir la vía política para resolver el conflicto, respuesta sin analogía en países como el nuestro, y la oportunista que aprovecha el conflicto, mediante golpes de mano partidista, para alcanzar el poder.

Lo peor es que sobre la injusticia que pesa sobre los campesinos de Chiapas, principalmente, graviten grupos demenciales de la clase media. Son los aturdidos de siempre que sin ton ni son se mueven sin sentido cuando creen escuchar el llamado de los desposeídos, su llamada contra el Estado, su hora de laicos y tonsurados, unidos en la venganza, siempre difusa aunque infortunada.

Gastón García Cantú. *Excelsior*, 4 de febrero de 1994.

FUSILES MÁGICOS

Es indudable que los disparos de Chiapas, incluso los que se hicieron con fusiles de madera, se oyeron y retumbaron en todo el país, dieron en el blanco, nos despertaron a todos y han transformado a México.

Carlos Fuentes entrevistado por *La Vanguardia*, *La Jornada*, 5 de febrero de 1994.

ELECCIONES CREÍBLES

"El envío de Manuel Camacho Solís como negociador y conciliador es un gran acierto. Hay que apoyarlo para que lleve a buen puerto esta negociación que es esencial para el futuro, la paz y el desarrollo de nuestro país" [...]

"La elección de agosto tiene que ser una elección creíble por todos. Si no, va a haber problemas."

Carlos Fuentes, *Macrópolis*, 7 de febrero de 1994.

PASTORES POLÍTICOS EN CHIAPAS

El sentido de comunidad entre los indígenas nace principalmente de dos prácticas sociales: una pastoral y otra política e ideológica. En la selva se impulsó una acción pastoral inspirada en los grandes hechos eclesiológicos de los años 60, sobre todo el Concilio Vaticano II, a principios de la década, y la Conferencia Episcopal de Medellín, a finales de los sesenta, y la teología de la liberación.

La acción política e ideológica fue realizada por corrientes y grupos políticos surgidos después del movimiento estudiantil del 68, que fueron más allá de la actividad política partidista y electoral, con la idea de ir al pueblo y servirlo. Muchos de sus integrantes pertenecían a las clases medias urbanas. Eran orientadores sociales que se vincularon a las luchas sociales, que impulsaron el surgimiento de movimientos campesinos independientes o que se incrustaron en los movimientos guerrilleros de Guerrero, Chihuahua y Sonora. En las ciudades de Monterrey, Durango, Torreón y Chihuahua contribuyeron a la organización de colonias populares y movimientos sociales urbanos. Eran corrientes como Unión del Pueblo (UP), Política Popular (PP) y la Organización Ideológica Dirigente (OID).

La acción pastoral partía de la urgencia de crear una identidad y un sentido de comunidad, de pertenencia. Primero, en un todo general, todos los pobres. Luego, en un todo particular, "nosotros los que somos comunidad", el conjunto de hombres y de mujeres que viven en la misma colonia y comparten una militancia, un credo, un sistema de cargos, un territorio, una historia, un origen.

La teología de la liberación los llevó a analizar la realidad, como punto de partida, y a descubrir "al hombre aplastado, despojado", y la exigencia de liberarlo de esa opresión en la situación histórica presente y concreta, según el Evangelio de San Lucas: "El Señor me ha enviado a anunciar la buena nueva a los pobres, la libertad a los cautivos, y para liberar a todos los oprimidos". De ahí el compromiso de transformar la realidad actual, donde los pobres son víctimas "de una situación estructural de dominación", en palabras del obispo Samuel Ruiz: "Si seguimos la opción evangélica, tenemos que desmantelar las estructuras que están en favor de la dominación".

Los peones acasillados y los peones emigrados a la selva hicieron suyo este discurso y marcaron su diferencia social y étnica frente a los patronos. También pudieron identificarse con otros indios chiapanecos con los que tenían problemas comunes: choles, tzeltales, tzotziles y

tojolabales, como se puso de manifiesto en el Congreso Indígena de 1974 en San Cristóbal de las Casas, donde se resumieron en cuatro los problemas comunes: tierra, comercio, salud y educación. El congreso había sido iniciativa gubernamental, pero acabó convirtiéndose en el lugar de convergencia de los indios de Chiapas.

La teología de la liberación fue la puerta para escapar de un pasado de "opresión y de miseria" vivido en las fincas. En las nuevas colonias de la selva, había que romper drásticamente con el pasado y tomar una opción alternativa liberadora. Veían su vida en las fincas como una época de esclavitud y de pobreza, de dureza del trabajo y de crueldad del patrón. De ahí la guerra y la liberación de los campesinos. En la pastoral de la diócesis encontraron el discurso y la inspiración para luchar contra ese pasado y reconstruir su identidad.

A la teología de la liberación se añadieron los textos bíblicos, especialmente el libro del Éxodo: "las comunidades de la selva estaban viviendo su éxodo". Es el libro que narra la rebelión en Egipto de los esclavos judíos y su éxodo por el desierto hasta encontrar una tierra donde asentarse y vivir, "la tierra prometida". Dios les mandó salir. De 1972 a 1974 se tradujo al tzeltal el libro del Éxodo, se discutió en las comunidades sobre libertad, fe, esperanza y amor. Al principio, los misioneros hacían la síntesis. Después fueron los catequistas indios quienes escribían. De ahí surgieron las lecciones recopiladas en el catecismo titulado *Estamos buscando la libertad*, escrito en tzeltal. Allí se muestra la analogía entre la migración a la selva y el éxodo judío. Allí surgió el sentimiento de "nosotros" [...]

Se habían abierto perspectivas para la "vida nueva" en la "tierra prometida", en la selva. San Pablo, en su carta a los Efesios, habla del "hombre nuevo". El catecismo tzeltal lo retoma: "El hombre nuevo no es un hombre solo, sino un hombre comunitario, unido con todos sus hermanos por el Espíritu. Entre todos hacemos un solo pensamiento, un solo trabajo, un solo corazón con una misma Esperanza". (C. 114). [...]

Resultaba revolucionario afirmar que la fuerza social estaba en el pensamiento de los indios pioneros. El proceso catequético atentaba contra el *statu quo*. Se promovió la participación de todos. Era necesario expresar el pensamiento, hablar, opinar, leer la palabra de Dios, cantar, discutir en las asambleas, manifestarse en favor o en contra de los acuerdos, borrar las diferencias de grupos étnicos y de lenguas, compartir una utopía: la construcción del reino de Dios en la tierra, que guiaba el trabajo y la vida de todos los días. La práctica pastoral tenía un carácter eminentemente político, porque atentaba contra el sistema de poder prevaleciente.

Después del movimiento del 68, un grupo de profesores, de estudiantes y de trabajadores comenzaron a desarrollar una lucha diferente cuya consigna era: "Que el pueblo decida por sí mismo". Había que "integrarse a las luchas del pueblo trabajador, para ponerse a su servicio y ayudarle a organizarse y adquirir mayor conciencia, con el fin de llevar adelante sus luchas". Vivir con las masas, acompañarlas en su lucha diaria y darles elementos que les ayuden a enfrentarse al enemigo "burgués" y "explotador".

Desde 1976, militantes de Unión del Pueblo (UP) llegaron a trabajar en la selva con los hombres católicos, pioneros y colonos a quienes ya les eran insuficientes las instancias religiosas para satisfacer sus demandas de tierra, servicios e infraestructura. Dos años más tarde, llegaron los "norteños", militantes de la corriente Política Popular (PP). UP y PP fueron absorbidos por una estructura mayor, la Organización Ideológica Dirigente (OID). La organización que generó el Congreso Indígena llegó a sus límites en 1977 y dio paso a nuevas organizaciones políticas: PP, CNPA, CIOAC, OCEZ, PST y otras, que ofrecieron alternativas viables ante la nueva realidad.

Línea Proletaria (LP) llegó a Chiapas en 1978. En la selva lacandona trabajó con la Quiptic (unión de ejidos), con Tierra y Libertad y con Lucha Campesina; en Simojovel, Tila, Sabanilla, Huitiupán y El Bosque, con los ejidos y peones de la organización regional; en la Frailesca, con los ejidos que habían sido la Alianza Campesina 10 de Abril; en Venustiano Carranza y Villas las Rosas, con los comuneros. Se integró con estudiantes, colonos y obreros. En 1979 se vinculó con la lucha del magisterio chiapaneco. Hay autores y analistas que atribuyen a LP la destrucción de los procesos regionales y la desintegración de los cuadros campesinos destacados.

Línea Proletaria (LP) y Línea de Masas (LM), que eran el sustento ideológico de muchos asesores políticos que pululaban por la selva, surgieron como resultado de una escisión de Política Popular (PP), por diferencias teóricas y tácticas, principalmente sobre las relaciones que deben existir entre las bases y la dirección. También en la OID se dieron "contradicciones fundamentales".

La estructura política se superpuso a la religiosa y, a pesar de serias diferencias, Línea reforzó y dinamizó el sentimiento comunitario y las formas de organizaciones mayores, como las uniones de ejidos. Línea partía de las "necesidades sentidas del pueblo trabajador" y defendía la posibilidad de que se uniera a la clase trabajadora, de que caminaran juntos obreros, campesinos, colonos, estudiantes, pequeños comerciantes, empleados, profesionistas. Los indios de la selva quedaron inscritos en un ámbito mayor al local. [...]

Ambas tendencias, religiosa y política, se dieron como procesos paralelos. Las corrientes políticas llegaron después, se incrustaron en el proceso religioso y le dieron cauce político. Ambas impulsaron la vida comunal y la participación; crearon normas, sistemas de cargos y comisiones; plantearon la necesidad de un cambio radical impulsado por los pobres y compartieron la misma utopía: la lucha aquí y ahora por una sociedad justa e igualitaria.

Tuvieron divergencias. Para los políticos, el proceso se "dirigía". Para los teólogos, el proceso se "acompañaba". Para los teólogos era central revitalizar la cultura indígena. Para los políticos, los sujetos revolucionarios eran proletarios, campesinos desposeídos y clase trabajadora. Las acusaciones mutuas eran continuas y evidentes. Las contradicciones llegaron a tal grado que los indios de la selva expulsaron a los norteños a finales de los setenta.

Enrique Maza, reportaje sobre las investigaciones de Xochitl Leyva Solano, *Proceso*, 7 de febrero de 1994.

CONTRA EL AMARILLISMO, CIFRAS

La sorpresa, la violencia como gran mercancía, la falta de información confiable, los intereses, la pasión que llega a ser obsesión, la competencia informativa provoca que en las primeras semanas se lanzaran, tanto en medios nacionales como internacionales, apreciaciones inexactas y por ende injustas. En la guerra no puede haber blancas palomas y gavilanes. Dar a los enfrentamientos su justa dimensión es deber para con la ciudadanía y también para con el Ejército mexicano. Palabras como genocidio, masacre, arrasar, atraer y vender pero ¿fueron y son justas, es decir precisas? Para el país no es conveniente que el silencio y la especulación se apoderen de lo ocurrido en Chiapas para beneficio de algunos, pero sin duda en perjuicio de las fuerzas armadas y de las instituciones. La desinformación como estrategia oficial se paga muy cara. Hasta hoy se tienen testimonios de muy lamentables violaciones, por parte del Ejército, de derechos humanos al buscar confesiones y delaciones. Sobre los responsables debe caer todo el rigor de la ley. También están sujetas a investigación posibles ejecuciones sumarias. Aquí estamos frente a una atrocidad. La CNDH reporta que el número de desaparecidos disminuye día con día. Pareciera que están pendientes alrededor de cuatro decenas de casos, gravísimos, pero esa es la cifra.

También está pendiente la corrección en el sentido de que no hubo bombardeos, sino lanzamiento de *roquets*. Aclararlo es bastante más que un tecnicismo. Los efectos distan mucho uno de otro. Tampoco han aparecido las tumbas colectivas que muestren la veracidad y justeza de expresiones como arrasar, genocidio y masacre. La búsqueda debe continuar, pero es irresponsable y muy peligroso no dar al enfrentamiento su justa dimensión, así esas notas no vendan tanto. ¿Cuántos civiles, cuántos miembros del Ejército Zapatista, y cuántos efectivos del Ejército (el subcomandante Marcos habla de cerca de 200) cayeron? ¿Cuántas personas fueron torturadas o vejadas? La falta de profesionalismo y precisión pueden hoy dañar al país. Cifras, para todo cifras, es lo que puede ayudar a centrar criterios.

Federico Reyes Heróles, *Reforma*, 8 de febrero de 1994.

UN ROSTRO PARA LA INCONFORMIDAD

Prisionera de su insatisfacción, confusa como es, la clase media está dibujando el semblante del encapuchado de Chiapas con la sola herramienta de sus fantasías frustradas. Por fin encontró la anhelada excusa para "darle su merecido" a un sistema corrupto y vupuleador, un sistema que la ha vejado, menospreciado, utilizado, depauperado y aun apartado de la posibilidad de emular a una burguesía ya tan inalcanzable por su enriquecimiento desmesurado que, lejos de representar su sueño o modelo a seguir, se le volvió afrenta a vengar.

Y, para consumir su propósito, qué mejor que la figura de un líder sin rostro propio.

Martha Robles, *Excelsior*, 8 de febrero de 1994.